



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Sala de guerra, turno de noche

Cuatro militares destinados en el turno de noche de la Sala de Guerra, conocida coloquialmente como «Teléfono rojo», han sufrido un inexplicable desmayo. Su salud no se ha resentido, pero la CIA quiere descubrir qué es lo que realmente ocurre. Y para ello, nada mejor que infiltrar allí a la agente Baby.

Lou Carrigan

Sala de Guerra, turno de noche

Brigitte en acción - 219

Archivo Secreto - 183

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2019

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Moroco

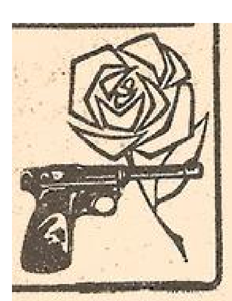
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Edición conmemorativa







ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

La propietaria de Rachel's, posiblemente la más lujosa casa de modas de la Quinta Avenida de Nueva York, no salía de su asombro, como cada vez que la señorita Montfort acudía a su tienda para reponer vestuario.

Auxiliada por su ayudante, la señorita Shelby, estaban probando uno de sus modelos exclusivos a tan excepcional cliente. Excepcional, en todos los sentidos. Para la señorita Shelby, lo más excepcional de la señorita Montfort era que nunca la fastidiaba, ni le hacía perder el tiempo, ni hacía preguntas estúpidas. Miraba los últimos modelos, señalaba tres, cuatro, cinco o seis, pasaban al probador por si había que hacer alguna corrección en los vestidos, y en veinte minutos todo estaba listo. Una cliente que se gastaba sin pestañear a veces hasta veinte mil dólares, terminaba sus compras en veinte minutos. Pasmoso.

Pero, para *mistress* Rachel, la señorita Montfort era excepcional en muchos otros sentidos. Especialmente, en uno: era tan bella, tan elegante, poseía un cuerpo tan armonioso, que a *mistress* Rachel no le entraba en la cabeza que la señorita Montfort no tuviese la menor intención de posar como modelo.

—Sería usted —dijo por millonésima vez desde que la conocía— la modelo más formidable que jamás hubiese pasado por Rachel's. Es decir, la modelo más elegante de Nueva York…

—Y por lo tanto —sonríe la señorita Montfort—, la más elegante del mundo, ¿no es así?

—Sin la menor duda, señorita Montfort.

—Es usted muy amable, Rachel, pero ya tengo un trabajo que me gusta. Sí —asintió—, éste también me lo quedo.

Con lo cual, una vez más, la señorita Shelby sonrió encantada de la vida. Lo único que había hecho notar la señorita Montfort en el

modelo, y con toda la razón, por supuesto, era que le quedaba un poquito ceñido en el pecho, lo cual se podía arreglar con toda facilidad. Por lo demás, perfecto. Así que… ¿para qué perder el tiempo?

La señorita Shelby ayudó a Brigitte Montfort a quitarse el vestido, y luego se la quedó mirando en una de las imágenes del triple espejo del probador.

Fantástica.

Increíble.

Sensacional.

Pasmosa.

Admirable.

Única.

La señorita Montfort había quedado solamente en sujetadores y pantaloncitos, y su espléndido cuerpo, que parecía hecho de seda y de oro, relucía como si dentro del probador hubiese un rayo de sol… Miss Shelby suspiró: «¡Ah, si ella tuviese la gracia y el cuerpo de la señorita Montfort…! Ciertamente que no sería modista, ciertamente. Sería la modelo más famosa del mundo, y…».

—¿Miss Shelby? —La miraba extrañada *mistress* Rachel.

—¿Eh…? Oh, perdón.

La señorita Shelby regresó de sus sueños a la realidad, y se dispuso a probar el último modelo a la señorita Montfort, que la contemplaba sonriente. Por un momento, la señorita Shelby tuvo la turbadora sensación de que miss Montfort estaba adivinando sus pensamientos, pero, claro… ¡no podía ser! Y de todos modos, la sonrisa de miss Montfort era tan amable y dulce… Cuando sonreía, sus enormes ojos azules parecían llenarse de luz, todavía más; y su boquita sonrosada se estiraba graciosamente, igual que el hoyuelo vertical que tenía en la barbilla. ¡Dios bendito, qué hermosa era! ¡Si ella pudiese ser tan hermosa como miss Montfort, en vez de ser tan flaca, desgarbada y hasta un poco miope…!

—Cada persona tiene una cualidad —dijo de pronto Brigitte Montfort—, y esa cualidad, y no otra, es la que tiene que desarrollar. La señorita Shelby tiene la cualidad de hacer sentirse cómoda a las clientas en su compañía… ¿Le paga usted lo suficientemente bien esta cualidad, Rachel?

La señorita Shelby quedó aterrada, porque comprendió que, en

efecto, miss Montfort había adivinado sus pensamientos. Y, mientras ella enrojecía, *mistress* Rachel miraba casi respingando a Brigitte Montfort.

—Pues creo…, creo que Shelby no tiene quejas de… del sueldo que le pago. ¿O sí, Shelby?

—No, no, *mistress* Rachel… No.

—Estupendo —sonrió de nuevo miss Montfort—. Yo creo que si una persona hace bien lo que sabe hacer bien, y recibe por ello la recompensa adecuada, tiene motivos más que suficientes para sentirse feliz y satisfecha. Digo esto, Rachel —miró con sonriente malicia a la señorita Shelby—, como respuesta a sus insistentes ofertas para que pase modelos de su casa. Yo soy periodista, me gusta serlo, creo que lo hago bien, y me considero recompensada por mis esfuerzos… Sería una tontería por mi parte querer ser otra cosa de lo que soy.

—Oh, estoy segura de que sería una modelo maravillosa, señorita Montfort… ¡La mejor! Además, no es que yo pretenda que dejase usted de trabajar en el periodismo, no… Pero sería estupendo que cuando pasemos los modelos para la próxima primavera pudiera disponer de una modelo como usted. Sería un favor personal, en realidad.

—¿Por qué no le concede una oportunidad a *miss* Shelby?

Rachel quedó pasmada, y miss Shelby enrojeció ahora de tal modo que su rostro pareció el disco rojo de un semáforo.

Y en aquel instante apareció una de las dependientas de Rachel’s, asomándose tímidamente.

—*Mistress* Rachel, en la tienda hay un caballero que pregunta por la señorita Montfort.

—¿Está citada aquí con alguien, señorita Montfort? —preguntó Rachel.

—¿Cómo es el caballero? —preguntó a su vez Brigitte.

—Bastante mayor, un poco calvo, ojos oscuros, bajito…

—Dígale usted que entre o que me espere afuera, a su gusto. Yo sólo tardaré cinco minutos.

La empleada se retiró, y, al parecer, el caballero decidió esperar los cinco minutos… Así que miss Montfort, mientras le probaban el último vestido elegido en aquella ocasión, pudo dedicarse a pensar en qué podía estar ocurriendo en el mundo, tan importante como

para que Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, acudiese a Rachel's en busca de su espía favorita, la agente Baby. La implacable e infalible agente Baby, de la CIA, doble personalidad de miss Montfort. Bien… Fuese lo que fuese lo que estuviera ocurriendo, no cabía duda de que podía esperar cinco minutos a que Baby fuese puesta en antecedentes…

—Como siempre —dijo la señorita Shelby—: habrá que retocar un poco el pecho, señorita Montfort. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto. Rachel, ¿no le parece que mis senos son demasiado grandes?

—¡Oh, por Dios, claro que no! —Protestó con vehemencia *mistress* Rachel—. Una cosa sólo es *demasiado grande* cuando no guarda proporción, cuando rompe la armonía. Por ejemplo, si Shelby tuviese los senos de usted, serían *demasiado grandes*. Pero en usted son perfectos.

—Me está adulando tanto —rió Brigitte— que quizá alguna vez la complazca presentando sus modelos, Rachel.

—No es adulación… ¡Pero si supiese que adulándola la iba a convencer, la adularía hasta el límite!

Se echaron a reír las tres, *miss* Montfort se puso el vestido con el que había llegado a Rachel's, y salió del probador. Vio a Pitzer en seguida, sentado en uno de los confortables sillones, un tanto mosqueado. Él se puso en pie inmediatamente al verla, esperó a que se sentase en otro sillón, colocado enfrente, y se volvió a sentar.

—¿Quiere que pidamos té, tío Charlie? —sonrió Brigitte.

—No. Me chincha estar aquí. Además, Simón nos está esperando afuera, con el coche.

—Le van a poner una multa.

—La CIA la anulará. ¿Podemos partir?

Miss Montfort encendió un cigarrillo, sonriendo a la señorita Shelby, que salía del probador, un poco sofocada. Miró alrededor, sonrió de nuevo, saludando a la esposa del gobernador de Nueva York, que le hacía señas con la mano, y, de aquel modo suyo tan especial, tan dulce y penetrante a la vez, volvió a mirar, por fin, los negros y pequeños ojos de Pitzer.

—Partir… ¿adónde?

—Nos están esperando en una pequeña clínica privada, en el estado de Maryland, cerca de Baltimore.

—¿Y vamos a ir en coche?

—Un helicóptero sería más aparatoso. Y parece que debemos ser muy discretos.

—Entiendo. ¿Qué es lo que pasa *exactamente*?

—No lo sé. Su antiguo y querido Simón ha llamado a la floristería por la radio, y me ha ordenado que la lleve a usted inmediatamente a esa clínica.

—¿Ha hablado usted personalmente con míster Cavanagh?

—Sí, desde luego: con su viejo y querido Simón. Parece que alguien se está metiendo con el Ejército.

—¿Con *nuestro* Ejército? —Alzó las cejas Brigitte.

—Sí. Algunos oficiales han sufrido… extraños contratiempos. No sé cuáles, no me haga más preguntas, porque no podré contestárselas.

—Espéreme en el coche, por favor.

Brigitte se puso en pie, y Pitzer la imitó, dirigiéndose hacia la puerta. Allí, se volvió, y vio a la divina espía departiendo con la esposa del gobernador, a la cual se había unido la del senador Forrester… Las dos mujeres escuchaban atentamente a Brigitte. De pronto, soltaron una carcajada. Brigitte las saludó agitando los deditos, y se dirigió a la salida, mientras las dos damas seguían riendo.

—¿Qué les ha contado usted? —preguntó Pitzer, abriendo la puerta.

—Un chisme de señoras —rió Brigitte—. ¡Y no se lo pienso contar a un caballero, puede estar bien seguro!

Afuera, en efecto, estaba el coche de Pitzer, con Simón, su ayudante en la floristería y en las tareas del sector, al volante.

Simón esperó a que entrasen los dos en el coche, en el asiento de atrás, y entonces se volvió.

—¡Hop! —exclamó.

Al mismo tiempo, hacía un pase mágico con la mano, y en ésta parecía una rosa roja, que Brigitte tomó, riendo.

—Gracias, Simón —se adelantó en el asiento y le besó en una mejilla—. ¿Cómo va la úlcera de estómago?

—¿La úlce…? ¡Pero yo no tengo ninguna úlcera, Baby!

—Usted, no. Pero tío Charlie, sí, y cuando le molesta, se pone de un humor pésimo. Por eso pregunto cómo va la úlcera de él, lo cual

es lo mismo que interesarme por cómo le trata.

—Oh… —rió Simón—, ya nos hemos acostumbrado el uno al otro, así que el engranaje funciona a la perfección.

—Eso quiere decir que usted está aprendiendo a ser tolerante —sonrió Brigitte—. Bueno, vamos a Maryland. Supongo que ya han avisado a Peggy.

—Sí, claro… Ella nos dijo dónde estaba usted. Dijo…

—Menos charla —gruñó Pitzer—, nos están esperando.

—Me parece —Brigitte movió la cabeza—, que la úlcera está haciendo de las suyas. Y se me ocurre una gran idea, tío Charlie: ya que vamos a una clínica… ¿por qué no se hace examinar ese irritable estómago suyo?

—¿Lo ve, señor? —Sonrió Simón—. ¡Ya le digo siempre que Baby le quiere de veras!

—Puede que sí —masculló Pitzer—, pero a usted le ha besado, y a mí no.

—¡Zambomba!, como diría Frankie, ¡qué vejete tan celoso!

Y dicho esto, Brigitte besó a Pitzer en ambas mejillas.

—A mí sólo me ha besado una vez —frunció el ceño Simón.

—Me parece que sería el cuento de nunca acabar —rió de nuevo Brigitte, deliciosamente—. Así que vamos a la clínica. Tengo curiosidad por saber qué es eso de que se están metiendo con nuestro Ejército.

Capítulo II

Llegaron casi a las nueve de la noche, y para entonces, indudablemente, Charles Alan Pitzer estaba mucho mejor de su úlcera, y convencido de que el buen humor, la risa, el trato cariñoso, eran remedios mejores que el bicarbonato.

La clínica no era muy grande, pero estaba rodeada de un amplio jardín, con eucaliptos, setos y abundante césped. Simón detuvo el coche delante del edificio, de sólo dos pisos, blanco impoluto. Inmediatamente, procedente del encristalado vestíbulo apareció un hombre alto, de gran cabeza, abundante cabellera que le hacía parecer un viejo león, y cojeando visiblemente, en su caminar hacia el coche.

—Ahí está el gran jefe —musitó Simón, saliendo del coche.

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, llegó junto al coche cuando ya Baby, su agente estrella del Grupo, se había apeado tras abrirle la puerta Simón.

—Buenas noches a todos —saludó Cavanagh.

—Buenas noches, señor —sonrió Brigitte—. Supongo que esta cita no es para pagar la invitación que me debe de una cena a base de comida china.

—No, lo siento, Brigitte. Y perdone que no haya autorizado esta vez el uso de un helicóptero, pero…

—Estoy segura de que sus razones son válidas. Además, me gusta ir en coche. Sobre todo, si llevo un chófer tan guapo y simpático, y un compañero de asiento tan divertido como tío Charlie.

—¿Pitzer es divertido? —Se pasmó Cavanagh.

—¡Ya lo creo! Lo que pasa es que, como también es muy tímido, parece que sea antipático.

—¿Pitzer es tímido? Oh, bueno, de acuerdo —Cavanagh sonrió —. Está usted bromeando. ¿Qué le parecería ser comandante del

Ejército?

—¿Yo? ¿Yo comandante del Ejército? —se asombró Brigitte.

—Y esto no es una broma.

—Bueno… Espero que el uniforme me siente bien, señor.

—Lo contrario me sorprendería muchísimo. Vengan. Vamos a charlar en una de las salas de espera. Será mejor que quite el coche de aquí —se dirigió a Simón—. Le esperamos dentro.

—Sí, señor.

Simón les alcanzó cuando acababan de entrar en una sala, pequeña, con una mesita de centro, un sofá y dos sillones. Cerró la puerta, y fue el último en sentarse, en un sillón. Pitzer había ocupado el otro. Cavanagh y Brigitte, el sofá.

Cavanagh abrió el portafolios que llevaba, y sacó cuatro carpetas, qué tendió a Brigitte.

—Son los expedientes de los cuatro militares que nos ocupan: comandante Maxwell Crawford, los capitanes Theodor Watkins y Avery Nickerson, y el sargento Terence Ormandy. Los cuatro están internados en esta clínica.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Primero, preferiría que leyese usted sus expedientes —Cavanagh vaciló—. Aunque, francamente, yo creo que no vale la pena que se moleste. Yo puedo resumírselos en pocas palabras: esos cuatro hombres tienen unos expedientes magníficos, inmejorables. Son, tanto en el sentido personal como en el militar, intachables. Es decir, que reúnen todas las condiciones exigidas para formar parte del personal de la *War Room*.

—¿La Sala de Guerra? —Murmuró Brigitte—. Usted se refiere, claro, a las instalaciones de lo que la gente llama Teléfono Rojo, que comunica directamente Washington con Moscú.

—Sí. Toda esa instalación que forma el llamado Teléfono Rojo está en una sala, la *War Room*. Para trabajar en esta sala, hay que tener un expediente personal y profesional impresionante. Aparte de determinados conocimientos técnicos, y, naturalmente, hablar el idioma ruso con la misma soltura que el inglés. En definitiva, y teniendo en cuenta que en la *War Room* se establecen muchísimas de las posiciones internacionales que debemos adoptar los rusos y nosotros, después de intercambiar información y condiciones, comprenderá usted que ser admitido en la Sala de Guerra es un

privilegio y un reconocimiento de las cualidades de moralidad y lealtad de una persona, sea cual fuere esta persona, y sea cual fuere el cometido que realice allí dentro. En conjunto, trabajar en la Sala de Guerra requiere no poco tacto y serenidad.

—Entiendo todo esto muy bien. Pero usted ha dicho que para trabajar ahí es imprescindible *hablar* el ruso. Supongo que ha querido decir hablarlo, leerlo y escribirlo, ya que la mayor parte de comunicaciones son por medio de teletipos.

—Sí… Sí, claro.

—De acuerdo.

—Naturalmente, sus conocimientos del idioma ruso la capacitan para trabajar en la Sala de Guerra —murmuró Cavanagh— así que hemos pensado en proporcionarle ese… empleo.

—Interinamente —puntualizó Brigitte.

—Desde luego. Hasta que usted descubra qué es lo que pasa con los militares empleados en tan importante servicio.

—¿Estos cuatro hombres —señaló Brigitte los expedientes— se han puesto enfermos?

Cavanagh movió la cabeza con gesto negativo.

—Están perfectamente. Pero —se apresuró a añadir— algo raro les ha ocurrido… El primero fue el capitán Avery Nickerson, pero él no dijo nada, porque le pareció un incidente… Un tanto extraño, pero incidente, sin más complicaciones. El segundo fue el sargento Terence Ormandy, que tampoco dijo nada, hasta que le ocurrió a tercero, al capitán Theodor Watkins, el cual lo comentó durante su turno, bastante preocupado, y por supuesto consciente de que, en determinadas condiciones, un empleado de la Sala de Guerra debe pedir la baja. Cuando el capitán Watkins comentó lo que le había sucedido, el sargento Ormandy se sorprendió, y dijo que a él le había pasado algo parecido. Y el capitán Nickerson, que captó la conversación, intervino en ella diciendo que también a él le había ocurrido exactamente lo mismo Dos días más tarde, le ocurrió al comandante Maxwell Crawford… Inmediatamente, la jefatura de la Sala de Guerra en el Pentágono, retiró a los cuatro hombres del servicio, y los trajo a esta clínica para ser sometidos a observación. Y aquí están.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Bien… Se desmayaron.

Baby Montfort entornó los bellísimos ojos.

—¿Se… desmayaron? —musitó.

—Sí. Al capitán Nickerson le sucedió mientras estaba pescando, solo, en un arroyo truchero. Al sargento Ormandy, a la salida de una partida de bolos; se metió en su coche, se dispuso a ponerlo en marcha, y entonces, se desmayó. Al capitán Watkins le sucedió por la noche, al entrar en el garaje de su casa para tomar el coche y acudir a su trabajo…

—¿También estaba solo? —interrumpió Brigitte.

—Sí, en efecto. Todos estos hombres que le estoy mencionando tienen el turno de noche, esto es, desde las once de la noche a las seis de la mañana. El capitán Watkins, por lo tanto, entró en su garaje poco después de las once de la noche, cuando su familia hacía rato que se había acostado, y debían incluso estar durmiendo.

—¿Y al comandante Crawford?

—También en su garaje, en condiciones prácticamente idénticas a las del capitán Watkins.

—Es extraño todo esto, desde luego.

—Hay algo que todavía resulta más extraño, sorprendente, y… Bueno, muy inquietante, la verdad, Brigitte. Todos ellos, como ya he dicho, fueron traídos a esta clínica, y sometidos a un examen completísimo. Los cuatro están perfectamente, tienen una salud y un equilibrio nervioso perfectos. En fin, cuatro hombres fuertes, sanos y equilibrados. Pero cada uno de ellos tiene un… pinchazo en la nuca.

—¿Qué clase de pinchazo?

—No lo sabemos. Parece que puede haber sido hecho con un alfiler, o quizá una aguja de inyectable, o un pequeño punzón… Todos esos pinchazos están en el occipucio.

—Ya. ¿Y qué dicen ellos respecto al pinchazo?

—No tienen ni la menor idea. Es decir, el capitán Watkins hizo un comentario respecto a cierta extraña molestia en esa zona de la cabeza, y entonces, el capitán Nickerson y el sargento Ormandy, sorprendidos, dijeron que a ellos también les sucedía, pero que la molestia era tan leve que ni siquiera habían reparado de un modo consciente en ella. Por supuesto, como le digo, también se ha encontrado ese pinchazo en la nuca del comandante Crawford.

—Sí que es extraño… ¿Y esos cuatro hombres no notan nada

raro en sus organismos?

—Nada en absoluto. Y ya le he dicho que han sido sometidos a un rigurosísimo examen médico, con resultados totalmente satisfactorios.

Brigitte quedó unos segundos pensativa, antes de preguntar:

—¿No ha habido más… víctimas del mismo incidente?

—Por el momento, parece que no. De todos modos, la alarma ha cundido en el Pentágono, y, eventualmente, se ha decidido guardar silencio al respecto.

—No parece conveniente asustar al personal, desde luego —admitió Brigitte—. ¿Y todo eso solamente les ha sucedido a los militares del turno de noche?

—Solamente a ellos. Hay cuatro turnos en la Sala de Guerra: de las seis horas, a las doce; de las doce, a las dieciocho; de las dieciocho a las veinticuatro o cero; y de la hora cero, o doce de la noche, a las seis de la mañana. Los cuatro hombres forman parte de este último turno.

—Está bien. ¿Qué medidas se han tomado… o se piensan tomar?

—En el aspecto médico, todas: análisis, cardiogramas, encefalogramas…, todo eso. Y, por supuesto, unos cuidados fuera de serie a pesar de la excelente salud de los cuatro hombres. En el aspecto militar, la CIA ha convencido al Pentágono para que nos deje atender el asunto a nuestra manera. Como es natural, el presidente está enterado de lo que sucede, y, en principio, rechazó la propuesta de la CIA respecto a nuestra intervención. Pero nuestro director le dijo que habíamos pensado introducir en el caso a nuestra agente N. Y. 7117, y el presidente de la nación aceptó en el acto.

—El señor presidente ha sido siempre muy amable conmigo —sonrió Brigitte, la agente de la CIA, número clave N. Y. 7117.

—Es un hombre que está muy agobiado —murmuró Cavanagh—. Todo eso del asunto Watergate, en el fondo, le tiene muy preocupado. Precisamente, respecto a este asunto, sugirió algo relativo a usted y nuestro director, en el sentido…

—¡No! —Exclamó Brigitte—. ¡No quiero saber nada con esa porquería!

—Bueno… No se ha probado que el presidente supiese lo que ocurría en el hotel Watergate…

—No me importa nada de eso. Lo hiciese quien lo hiciera, se hizo. No, señor: no quiero saber nada de eso. Así que volvamos al asunto actual, que sí podría traer grandes problemas de los que a mí sí me preocupan. Veamos… Según entiendo, señor, usted ha pensado darme un… empleo en el tumo de noche de la Sala de Guerra… ¿No es así?

Sí. Como ya sabemos, ha habido cuatro bajas…, oficialmente por enfermedad, en ese turno. Y naturalmente, esas bajas ha sido necesario cubrirlas. Entonces, ésta es la lista del personal actual para el turno de noche en la Sala de Guerra.

Cavanagh le tendió un grueso folio a Brigitte, que leyó los nombres escritos a máquina:

General	Conrad B. Rumsey
Coronel	Orville Payne
* Comandante	Hortense Creviston
Capitán	Elsa Roark
* Capitán	Robert Nelligan
* Capitán	Thormas Ashbery
Capitán	Scott Manship
* Sargento	Herbert Lawrie

Supongo —dijo Brigitte— que estos asteriscos delante de cuatro nombres significan que estas cuatro personas han sido las encargadas de sustituir al personal que está interno en esta clínica.

—Sí.

Y supongo también —sonrió la divina espía— que yo soy, a partir de ahora la comandante Hortense Creviston.

—Sí —Cavanagh le tendió una carpeta—. Tenemos ya preparada toda su documentación, y su historial, que sería muy conveniente se aprendiese de memoria. Mientras tanto, se le está preparando su llegada oficial a Washington, así como su equipo de toda clase, es decir, uniformes, vestidos de paisano, objetos personales, coche… En fin, todo. Cuando usted considera que en esta clínica ya no tiene nada que hacer o preguntar, saldremos hacia allá, primero en coche, y luego en helicóptero. En su punto de partida le esperan dos de nuestros agentes, de procedencia militar, que la asesorarán adecuadamente. Y también, un alto jefe del Pentágono para instruirla inicialmente respecto a su cometido en la Sala de

Guerra…

—¿Y todo eso… en una noche? —exclamó Simón.

—Sí —asintió Cavanagh, mirando al ayudante de Pitzer—. Baby tiene que acudir a su turno de noche en la Sala de Guerra mañana, es decir, dentro de unas veintiséis horas.

—¡Pero en veintiséis horas no podrá ponerse al corriente de todo eso, señor!

—Lo sé —movió la cabeza Cavanagh—. Precisamente por eso ha sido elegida ella.

—¿Ah, sí? —Frunció el ceño Brigitte—. ¡Pues no entiendo eso, francamente!

—Como es lógico, tenemos personal profesionalizado en asuntos militares —dijo Cavanagh—. Y, lógicamente, atenderían mejor que usted cualquier asunto de esta clase. Pero nosotros no necesitamos propiamente un militar, sino un espía experimentado. Y no hay ni un solo militar que en cuanto a espionaje esté a la altura de la agente Baby. Por lo tanto, hemos tenido que elegir… Teniendo en cuenta que usted no deberá resolver asuntos militares, pues dispondrá de compañeros y superiores muy capacitados en ese aspecto, la elección no podía ser más simple; había que colocar un buen espía, no un buen militar. Y, caballeros —Cavanagh sonrió como divertido, mirando a Pitzer y a Simón—, ¿conocen ustedes algún espía mejor capacitado que nuestra Baby para un asunto tan delicado… y sorprendente?

—Voto por Baby —sonrió Simón, alzando una mano.

—Apoyo el voto —mascculló Pitzer.

—Voto aceptado —sonrió de nuevo Cavanagh; miró a Baby cariñosamente—. ¿Alguna pregunta, Brigitte?

Ésta miró el expediente que tendría que aprenderse de memoria para convertirse de un modo convincente en la comandante Hortense Creviston; pensó en lo mucho que tendría que aprender en veintiséis horas sobre cuestiones militares, y, especialmente, sobre su próximo trabajo en la Sala de Guerra…

—No, señor —musitó—. Mis asesores me informarán a medida que lo vaya necesitando durante estas veintiséis horas. Pero, antes de ir allá, quisiera ver a esos hombres. ¿Es posible?

—Sabía que querría verlos. ¿Por qué, si no, la habría hecho venir aquí? ¿Por cuál quiere empezar?

—En realidad, dada la similitud de los cuatro casos, me parece que bastará que vea a uno solo. ¿Cuál es el de más edad? ¿El comandante Crawford?

—No. El sargento Ormandy: es todo un veterano, que ha combatido nada menos que en la Segunda Guerra Mundial, en Corea y en Vietnam.

—Ese es mi hombre —se puso en pie la agente Baby.

Los tres hombres se pusieron en pie, y Pitzer preguntó:

—¿Qué hacemos nosotros?

—Pueden pasar la noche en la clínica, o volver a Nueva York —le miró atentamente Cavanagh, con una leve sonrisa.

—Volveremos a Nueva York —sonrió prietamente Pitzer—. No parece conveniente dejar sin mando el Sector, ¿verdad?

—No se me había ocurrido.

Ahora sonrieron los cuatro, levemente. Cavanagh estrechó la mano a Pitzer y Simón, y Brigitte les besó en ambas mejillas, sonriendo dulcemente.

—Conduzca con cuidado, Simón. ¿Qué sería del Sector de Nueva York si tío Charlie falleciese en un accidente?

—Pondrían a otro jefe —murmuró Simón.

Y salió de la salita, seguido de Pitzer.

—Brusca respuesta, ¿no le parece? —dijo Cavanagh.

—Todas las verdades son bruscas —replicó Brigitte—. A espía muerto, espía puesto. Todos lo sabemos. Pero no veo por qué Simón ha tenido que reaccionar así precisamente ahora.

—Supongo que le pasa lo mismo que a Pitzer y a mí… Ha pensado a quién pondrán en el lugar de usted el día que no regrese. Así que la pregunta podría ser: ¿qué sería del Sector de Nueva York si Baby falleciese… en un accidente?

—Pondrían otro agente —murmuró Brigitte—. Vamos a ver al sargento Ormandy.

Capítulo III

El sargento Terence Ormandy tenía exactamente sesenta años, pero si hubiese dicho que tenía cincuenta, le habrían creído. Era alto, fuerte, sólido, de cabeza grande y rasgos de una firmeza sorprendente. Sus ojos eran negros, y más que mirar, parecían perforar. Estaba sentado en un sillón de su habitación, en pijama, con un libro en las manos y la pipa entre los dientes. Con sus blancos cabellos, sus penetrantes ojos, y su figura sólida, fuerte, producía una impresión a primera vista que no podía resultar más agradable ni inspirar más confianza. Y, ciertamente, sorprendía que un hombre de sus características solamente hubiese alcanzado el grado de sargento.

Había autorizado la entrada a su habitación, y, al ver a Brigitte, se puso en pie rápidamente, con un gesto fuerte, juntando los talones por puro instinto. La negra mirada «perforó» los azules ojos, y en seguida, una simpática sonrisa apareció en los labios de Terence Ormandy, que se quitó la pipa de entre los dientes.

—Buenas noches, sargento —saludó Cavanagh—. ¿Qué tal se siente?

—Divinamente, gracias. ¿Cómo está usted, señorita Montfort?

—¿Me conoce usted? —sonrió Brigitte.

—Soy un admirador de usted… Bueno, hasta ahora era un admirador de sus artículos. Ahora, también de usted en lo personal. Y, desde luego, voy a escribir una carta de protesta a ese *Morning News* de Nueva York.

—¿Sí? ¿Por qué?

—La fotografía que ponen de usted en su columna internacional es una porquería. Pero me explicaré… Cuando uno ve su fotografía, piensa que la señorita Montfort es una chica preciosa. Cuando la he visto al natural, he pensado: «esa foto es una porquería…». ¿No

podrían poner una que le hiciese más justicia a su belleza?

—Se lo pediré a mi jefe —rió Brigitte—. No parece que esté usted enfermo, sargento.

—¿Enfermo? ¿Yo enfermo? —Ormandy soltó un bufido—. ¡Estoy mucho mejor que cuando desembarqué en Guadalcanal y sólo me afeitaba dos veces por semana!

—Me alegra oír eso… ¿Puedo ver su nuca?

—Todos ustedes me están haciendo sentir como un conejo a punto de ser ejecutado: sólo quieren ver mi nuca. No tengo nada. Y por otra parte —Ormandy miró con incredulidad a Cavanagh—, ¿debo entender que todo este asunto va a trascender a la Prensa?

—No —negó Cavanagh—. Al menos, por el momento. Pero la señorita Montfort ha sido designada especialmente por el presidente de los Estados Unidos para introducirse en el caso. Con ello, se persigue conocer cómo enfocaría la Prensa los hechos en caso de que se permitiese su publicación. Y la señorita Montfort es una experta en estas cuestiones. Según lo que ella diga, el presidente tomará una decisión u otra.

—Ya… Bueno, está bien.

Se sentó de nuevo en el sillón, y se inclinó hacia adelante. Brigitte separó cuidadosamente los cabellos, hasta localizar en el occipucio el pequeño puntito oscuro. Tan pequeño, que hacía falta conocer su existencia para reparar en él. Sí, un pinchazo diminuto, eso era todo.

—Gracias, sargento… ¿Le duele?

—En absoluto. Ya no.

—¿Ya no? ¿Qué quiere decir?

—Pues me dolió un poco al principio, pero tan poca cosa, que lo olvidé en seguida. En realidad, si el capitán Watkins no lo hubiese mencionado, me habría olvidado completamente de él… Bueno, miró a Cavanagh. ¿Quizá estoy hablando demasiado?

—No. Puesto que la señorita Montfort está conmigo, significa que puede usted decir *todo* lo que guste, sargento.

—Eso había supuesto, pero…

—Sargento —Brigitte se sentó en un ángulo de la cama, mirando fijamente al militar—: ¿qué clase de… desmayo tuvo usted?

—No lo sé. Me puse al volante, fui a dar el encendido, y lo siguiente que recuerdo es que desperté.

—¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Lo sabe?

Sí, y ya lo he dicho muchas veces: tres o cuatro minutos. Lo sé seguro, porque al despedirme de mis compañeros de partida miré mi reloj. Al despertar, lo volví a mirar, sorprendido de que me hubiese ocurrido aquello.

—¿Le dolía el pinchazo?

—No. Bueno, quizá me dolía, pero era tan poca cosa que ni siquiera reparé en él… Quiero decir que me di cuenta más tarde, al peinarme para ir a la Sala. Incluso pensé que me lo había hecho con el peine. Caramba, ni siquiera era dolor. Era… como una pequeña molestia en la que uno no repara, por insignificante.

—¿Está usted seguro de que no notó ese pinchazo *antes* de quedarse dormido?

—La verdad: no lo sé.

—Y al despertar… ¿qué sintió usted? ¿Sueño, náuseas, pesadez de cabeza…?

—No sentí nada. Desperté, miré el reloj, me sorprendí mucho, y me fui a casa, para cambiarme y acudir al trabajo.

—Cuando jugaba su partida de bolos, o al terminar, o al salir de la bolera…, ¿no notó nada extraño a su alrededor? ¿No vio a nadie, no… olió nada, no percibió nada fuera de lo usual?

—Nada en absoluto.

—¿Y reanudó su vida normal sin ninguna molestia?

—Completamente normal, sin la menor molestia.

—Por supuesto —murmuró Brigitte—, usted no lleva encima *jamás* ninguna información o cualquier clase de dato referente a su trabajo en la Sala de Guerra.

—¡Claro que no! —Respingó Ormandy.

—¿Qué clase de relaciones sostenía… o sostiene usted con el comandante Crawford o con los capitanes Watkins y Nickerson?

—Buenas. Normales.

—¿Había relación con ellos fuera de las horas de trabajo?

—No. Pero no porque no simpaticemos… Simplemente, cada uno tiene su propia vida privada y sus amigos. Ah, sí… Una vez, el comandante Crawford me pidió un favor: su compañero de golf se encontraba indispuesto, y me dijo que yo podría ser su pareja para la tarde del sábado siguiente. Le advertí que si yo jugaba con él, no íbamos a cubrirnos de gloria precisamente, pues lo mío son los

bolos, pero dijo que no importaba. Así que fui con él, jugué la partida…, que por supuesto perdimos, y eso es todo.

—¿Y entre ellos…, hay relación fuera de la Sala?

—No lo sé. Bueno, todos nos vemos de cuando en cuando por ahí, es natural. Nos saludamos, a veces tomamos una copa… Lo normal.

—¿O sea, que ustedes sólo tienen en común su profesión y su trabajo en la Sala de Guerra?

—Pues…, sí. Sí, exactamente.

—¿Qué opina usted de su trabajo en la Sala, sargento?

—Pienso de él que es muy delicado y lleno de responsabilidad. Cuando me destinaron a él, comprendí que se me concedía un gran privilegio. Y naturalmente, cuando me jubile lo haré con un grado superior, tengo entendido. Es la norma.

Brigitte asintió con la cabeza y se puso en pie.

—La verdad, no sé qué más preguntarle —musitó—. Pero si se me ocurriese algo nuevo, o diferente a lo que ya le han preguntado, volvería a visitarle…, si no le molesta.

—¿Tengo cara de tonto? —sonrió Ormandy, simpáticamente.

—No —sonrió también la divina espía—. Todo lo contrario, sargento. Adiós, y muchas gracias por su paciencia. Le deseo un rápido restablecimiento.

—Estoy perfectamente —aseguró Ormandy, aceptando la mano de Brigitte—. Pero, en efecto, tengo mucha paciencia, así que estaré aquí hasta que decidan que puedo volver a mi trabajo. Encantado de haberla conocido personalmente, señorita Montfort.

Ésta volvió a sonreír, y salió de la habitación, seguida de Cavanagh. Poco después, salían de la clínica, y Cavanagh la llevó hacia donde esperaba su coche, al volante del cual había un hombre, esperando, sin la menor impaciencia.

—Buenas noches, Simón —saludó Brigitte.

—Mejores que nunca —se volvió el agente de la CIA—. Al menos, para mí. Pero lo siento: no tengo rosas rojas para ofrecerle.

—Ya me han regalado una antes, no se preocupe. ¿Cuántos hombres tenemos vigilando la clínica? —Miró a Cavanagh, que se sentaba junto a ella.

—Fuera, solamente seis. Pero si alguien entrase para intentar algo extraño, se llevarían una sorpresa muy desagradable. Vamos al

helicóptero…, Simón.

—Sí, señor —sonrió el agente.

El helicóptero esperaba a unos veinticinco kilómetros de allí, hacia el sur. Llegaron en poco más de media hora, y el coche, tras depositar en aquel lugar a Cavanagh y Brigitte, emprendió el camino hacia Washington. En el helicóptero, el piloto sonrió a Baby, le guiñó un ojo, y luego miró a Cavanagh, que asintió con la cabeza. Así que las grandes aspas comenzaron a girar…

Casi dos horas más tarde, es decir, a media noche, el helicóptero tomaba tierra muy cerca de un pequeño chalet cuyas luces estaban apagadas. Pero cuando ambos habían ya saltado del aparato, la puerta se abrió, dejando visible un amplio rectángulo de luz. Un hombre se acercó a Cavanagh y Brigitte.

—Buenas noches, señor: todo preparado. Buenas noches, señorita Creviston. Es decir: comandante Creviston.

—Hola —sonrió la espía—. ¿No les parece que han exagerado mi graduación?

—Lo sabremos seguro dentro de veinticuatro horas —sonrió también el hombre; miró a Cavanagh—. ¿Alguna novedad que debamos tener en cuenta, señor?

—Ninguna —negó Cavanagh—. A partir de este momento, la comandante Creviston toma el mando absoluto. Buena suerte.

Segundos después, todavía notando en las mejillas los labios de Baby, míster Cavanagh emprendía vuelo a Washington. Mientras tanto, dentro de la casa, la comandante Hortense Creviston estaba siendo contemplada con no poca curiosidad por parte de los hombres que, en menos de veinticuatro horas, tenían que convertirla de un modo razonablemente convincente, en militar de carrera. Todos la llamaron «comandante Creviston», y ninguno dio su nombre.

Por fin, el hombre de más edad, sonrió amablemente, y dijo:

—Empezaremos cuando usted guste, comandante.

—Ahora —dijo ella.

Capítulo IV

A las veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos del día siguiente, la comandante Creviston llegó, con su coche, al Pentágono. Estacionó, tomó su abrigo del asiento trasero, y se dirigió hacia el imponente edificio, mirando a todos lados. Su pase estaba en regla, naturalmente, así que no tuvo la menor dificultad para entrar. En cuanto a la ubicación de la *War Room*, no tuvo problema tampoco, ya que se había aprendido de memoria el plano del Pentágono.

Con un andar muy femenino, pero firme, la comandante Creviston recorrió los pasillos, haciendo sonar sus zapatos de cuadrado tacón, y mostrando unas piernas que hicieron volverse a no pocos oficiales, atónitos. Piernas bellísimas, de jovencita, y rostro de auténtico coman dante del Ejército…

Un rostro hermoso, sin la menor duda, pese a no haber sido tratado con ninguna clase de maquillaje. La comandante Creviston aparentaba unos cuarenta años, y tenía algunos cabellos grises, que se deslizaban en bonito mechón fuera de la gorra. Sus ojos eran gris oscuro, fijos, atentos…, bajo las lentes de contacto. En la boca llevaba como relleno para sus mejillas, almohadillas de espuma especiales, y la forma de su nariz había sido alterada ligeramente por las dos pequeñas anillas de oro que dilataban las fosas nasales… La comandante Creviston podía recordar a la señorita Montfort si alguien la conociese muy bien, se fijaba de modo especial en ella y, además, sabía que era Brigitte Montfort. De otro modo, aun teniendo cierta similitud de aspecto, a nadie se le ocurriría pensar que la comandante Creviston tenía menos de cuarenta años, los ojos azules, la nariz más delicada, las mejillas menos gruesas, y un cuerpo muy diferente al que moldeaba el uniforme.

A las doce menos cinco minutos de la noche, la comandante Creviston llegaba a los vestuarios de la Sala de Guerra, y miraba un poco desconcertada hacia las taquillas…

—¿Comandante Creviston?

Miró a su izquierda, y vio a la mujer con el distintivo de capitán, que se acercaba sonriendo amablemente. También parecía tener unos cuarenta años, era rubia, de aspecto agradable y serio, y parecía encontrarse muy a gusto dentro del uniforme.

—Sí… —murmuró Hortense.

—Soy la capitán Elsa Roark —le tendió la mano ésta—. Sea bien venida… ¿Conoce ya a alguien del turno de noche?

—Pues no sé… Ha sido todo tan precipitado. He llegado directamente, obedeciendo una orden directa de Washington. Ni siquiera sé qué podré hacer al salir de aquí, pues mis cosas llegarán mañana…, espero. Creo que me van a instalar en un chalet… ¿Lleva usted mucho tiempo en Washington?

—El suficiente para ayudarla a resolver sus problemas —sonrió Elsa Roark—. De momento, cuando terminemos el turno, puede venir a mi casa. Ya nos arreglaremos, por un día o dos. Venga, le mostraré su taquilla: ya le han puesto la tarjeta. Usted es la última en llegar, de los nuevos.

—¿Los nuevos?

La capitán Roark se volvió a mirarla, y sonrió, observándola cuidadosamente.

—Pronto vendrá el general Rumsey, y la presentará a los demás. Permítame ayudarla… Esto es —abrió la puerta de la taquilla y señaló su interior—. Si necesita más perchas, o algo, sólo…

—Oh, no, está bien, muy bien —la comandante Creviston colgó su abrigo—. Bueno… ¿a quién se refiere al decir «los demás»? Sólo la veo a usted…

—Las mujeres somos más puntuales que los hombres —Elsa Roark miró su reloj—, pero ellos no tardarán más de cuarenta segundos en llegar, después de tomar su último café fuera. ¿Conoce ya al general Rumsey?

—Bueno… Yo a él, sí, pero él a mí no creo que me recuerde.

—Ah, seguramente se equivoca: el general tiene una memoria prodigiosa. Si la conoce, la recordará. Pero es extraño que usted no se presentase a él antes de venir aquí.

—Ya le digo que no he tenido tiempo de nada… Por supuesto que advertí esta circunstancia, pero se me ordenó la presentación inmediata a la Sala de Guerra, asegurándome que el general sería

convenientemente informado de esta precipitación… No comprendo esto. ¿Por qué tanta precipitación? ¿Qué ocurre?

—Ha habido algunas bajas por indisposición… Ah, aquí llega el general Rumsey…

El general Rumsey, evidentemente, tenía una «memoria» muy buena, porque «reconoció» en el acto a la comandante Creviston, que se apresuró a saludar militarmente, imitando a la capitán Roark.

—Buenas noches —correspondió Rumsey al saludo, sonriendo—. Es un placer volverla a ver, comandante.

—Gracias, señor —murmuró Hortense, captando el brillo de simpática ironía en los ojos del general—. Me temo que mi llegada y presentación es un tanto irregular, pero…

—Estoy al corriente de todo, no se preocupe. Además, me alegra tenerla de nuevo a mi lado…, aunque supongo que todo esto le ha representado algunos inconvenientes. Por la mañana me ocuparé de ayudarla en…

—Con su permiso, señor —sonrió Elsa Roark—: me he ofrecido para alojar en mi casa a la comandante mientras ella se instala definitivamente.

—Ah, magnífico, magnífico. Es muy amable por su parte, capitán. Bueno, tendremos ocasión de conversar durante el turno. Mientras tanto —miró su reloj, sorprendido—, parece que por primera vez en la historia de la Sala de Guerra va a haber un retraso masivo del personal que…

No habría tal retraso. En aquel momento, un grupo de oficiales entraba en los vestuarios, saludando con familiar marcialidad al general Rumsey.

—Caballeros, ha llegado nuestro último reemplazo. Permítanme presentarles a la comandante Hortense Creviston, que a partir de esta noche…

La espía más astuta del mundo fue estrechando las manos de los recién llegados, cuyos nombres ya conocía: coronel Orville Payne, capitán Robert Nelligan, capitán Thomas Ashbery, capitán Scott Manship, sargento Herbert Lawrie. Los cuales, junto con el general Rumsey, con la capitán Roark, y con ella misma, completaban el turno de noche. Ocho en total, para atender los teletipos de la *War Room.*

Y mientras sonreía estrechando manos y aparentemente escuchar la amable presentación de Conrad B. Rumsey, la agente Baby tenía una pregunta en la mente: ¿Cuál de ellos sería el próximo a desvanecerse… y despertar tres o cuatro minutos después con un pequeño pinchazo en la nuca?

—Bien venida, oficial. ¿Ocupamos nuestros puestos, por favor? —terminó Rumsey.

Faltaba un minuto para la hora cero cuando el turno de noche entraba en la Sala de Guerra. Posiblemente, muy diferente a lo que muchas personas podían pensar. Una gran sala con teletipos, computadoras para claves, télex, archivos metálicos, grandes mapas en las paredes, y relojes que señalaban la hora en prácticamente todos los lugares del mundo. Y teléfonos, sí… Pero sólo uno de color rojo, sobre la mesa del general Rumsey. Por lo demás, y salvo los severos uniformes de los «empleados», parecía una oficina cualquiera montada según los últimos adelantos técnicos.

Junto a un teletipo que estaba funcionando en aquel momento, había una mujer algo gruesa, de cabellos entre blancos y grises, peinados con moño atrás, y que ostentaba el distintivo de capitán. Al entrar ellos, volvió un instante la cabeza, y la comandante Creviston parpadeó al ver las facciones, hermosas, gruesas, serenas, nobles…

—Parece rusa —musitó inclinándose hacia Elsa Roark.

—Es de ascendencia rusa —asintió la capitán Roark—. Se llama Mary Anne Kaplinich.

—Ah…

—Hola —se acercó un capitán, sonriendo—. Bueno, capitán Roark, su turno. Gracias por el relevo.

—Capitán Robinson, ella es la comandante Creviston —presentó Elsa Roark—. Naturalmente, forma parte del turno de noche.

—¿Qué tal? —Sonrió Robinson—. Encantado de tenerla con nosotros… ¿Conoce el último chiste soviético?

—Me parece que no —sonrió Hortense.

—Es de lo más nuevo. Me lo acaba de enviar por teletipo, Ivan Ivanovich. Verá: un ruso…

—¿Conoce usted el nombre de su comunicante en Rusia? —Se pasmó Hortense.

—¿Qué…? Ah, no. Bueno, es que nosotros les llamamos Ivan

Ivanovich, pero, desde luego, no nos conocemos unos a otros —se echó a reír quedamente—. Sin embargo. Ivan Ivanovich nos felicita por las Navidades, y nos cuenta chistes. Escuche este último. Va un ruso por la Plaza Roja de Moscú, y se le acerca un amigo… «Camarada: ¿serías tan amable de darme fuego para mi cigarrillo?», le pide. «Naturalmente, camarada», se muestra amable el otro Ivan Ivanovich. Así que el primero saca su paquete de cigarrillos del bolsillo, y, al mismo tiempo, un encendedor. Se pone el cigarrillo en los labios, el otro le da fuego, y le da las gracias: «Gracias, camarada: que el Estado pague tu generosidad», dice. El otro, el que ha ofrecido la llama de su encendedor, señala el que el primer Ivan Ivanovich tiene en la mano junto con el paquete de cigarrillos, y dice: «Veo que también tú tienes encendedor, camarada, pero se te ha averiado, ¿verdad?». Y el primer Ivan Ivanovich replica: «¡Oh, no! Es que con todo esto de la crisis del petróleo, estoy ahorrando *mi* combustible».

Elsa Roark y Hortense Creviston se quedaron contemplando pasmadas al capitán Robinson, durante un par de segundos. Luego, la comandante sonrió cortésmente, y dijo:

—Je, je…

—La verdad, capitán —murmuró Elsa Roark… No es muy bueno, me parece.

—Vaya… Lo siento. Pero yo no tengo la culpa. Es humor ruso.

—Pues he escuchado mejores chistes rusos —aseguro Hortense —. Por ejemplo, el de…

—Buenas noches —se acercó otro capitán—. ¿De modo que ya tenemos aquí al último componente del turno de noche?

Hortense miró al oficial, que sonreía simpáticamente. Era moreno, atlético, con grandes ojos oscuros y dientes muy blancos.

—Capitán Bastida, comandante Creviston —presentó Elsa Roark —. El capitán Bastida es el simpático oficial del tumo anterior al nuestro, comandante.

Joseph Bastida se cuadró enérgicamente, saludando.

—¡A la orden de mi comandante!

—Gracias —saludó también Hortense, sonriendo—. Espero que no vaya usted a contarnos otro chiste ruso, capitán.

—Conozco varios —miró su reloj—, pero me parece que no tenemos tiempo para frivolidades… aquí. Otra cosa sería en horas

fuera de servicio.

—Nada de eso —rió Elsa—. ¡A mí no me gusta formar parte de una lista privada de señoritas, capitán Bastida!

—Pues las que tengo en la lista están muy contentas —dijo, con gran convencimiento Bastida, sonriendo—. Me gustaría saber si puedo servirla en algo, comandante.

—Me parece que no, pero se lo agradezco. Ante todo, debo hacer mi trabajo aquí, y mañana voy a estar muy ocupada instalándome.

—¿Ya tiene alojamiento? Entiendo que ha llegado tan precipitadamente que…

—Oh, sí, sí tengo. Creo que me han conseguido un bonito chalet en Falls Church, muy cerca del Pentágono. En Fines Avenue, si no recuerdo mal.

—Caramba, ¡buen lugar! —exclamó Bastida.

—Supongo —sonrió Hortense— que son las ventajas de ser amiga personal del general Rumsey. Aunque, francamente, estaba convencida de que no iba a recordarme.

—El general Rumsey —Bastida se inclinó confidencialmente—, además de tener muy buena memoria tiene buen gusto, mi comandante. Y a veces, mal genio, como ahora, que me está mirando con el ceño fruncido. Sea bien venida, y espero que nos iremos viendo.

—Cada día a esta hora —sonrió de nuevo Hortense.

El capitán Robinson emitió una risita burlona, y palmeó un hombro a Bastida.

—Ya ves —dijo—, acabas de conseguir un montón de citas.

Rieron quedamente los cuatro, y se despidieron. Hortense se quedó mirando la atlética espalda de Bastida.

—Su apellido no es muy inglés, ¿verdad? —murmuró.

—Oriundo de Cuba, pero nacionalizado norteamericano hace mucho tiempo. Es un hombre inteligente, simpático, y muy laborioso. No haga caso de nuestras bromas, comandante: aquí, cuando se ha de trabajar, se hace muy seriamente.

—Por supuesto —asintió Hortense—. Bien, hasta luego… Parece que el general quiere decirme algo.

El relevo de los turnos se había efectuado en pocos segundos, sin explicaciones ni vacilaciones. Ya nadie reía o sonreía siquiera, cada

cual atendía su trabajo. Hortense se acercó al general Rumsey, que la guió hacia una de las computadoras.

—Recibe los mensajes cifrados y los descifra y analiza. Un curioso aparato —murmuró—. ¿Está familiarizada con ellos?

—La verdad es que no —musitó Hortense.

—¿Pero tiene una idea de cómo se manejan?

—Sí, eso sí, naturalmente. De cuando en cuando acudo a ciertas reuniones que llamamos «de puesta al día». —¿En el Ejército?

Hortense le miró sonriendo.

—Usted sabe que no, mi general. Pero no se preocupe: sabré hacer frente a la situación.

—Así lo espero…, comandante. Bien, le daré unas indicaciones que espero sean suficientes, y supongo que usted asimilará muy pronto todo lo que necesita para su labor. Veamos: desde Moscú envían por teletipo…

Durante casi media hora, el general Rumsey estuvo dando explicaciones a la agente Baby, que escuchó muy atentamente, y demostró muy pronto una auténtica capacidad de asimilación, que sorprendió en verdad al general Rumsey. Hacia las doce y media, el nuevo miembro del turno de noche de la Sala de Guerra afrontaba sola su cometido.

Y muy pronto comenzó a pensar que, en el fondo, aquel trabajo era aburrido. Ciertamente, cualquier servicio de espionaje habría pagado mucho dinero por conocer aquellos mensajes que intercambiaban Moscú y Washington, pero no había nada especial en ellos, por el momento. Las máquinas funcionaban a intervalos, y mientras tanto el silencio era absoluto. Parecía que no hubiese nadie allí. De cuando en cuando, alguno de los componentes del turno se hacía traer café, aunque todos estaban acostumbrados a la vigilia.

La comandante Creviston miraba disimuladamente a todos los empleados en la Sala de Guerra, siempre haciéndose la misma pregunta: ¿Cuál sería el próximo? ¿Y qué significaban aquellos desvanecimientos, y los pinchazos en la nuca? ¿Por qué solamente les ocurría eso a los del turno de noche?

Lo indudable era que alguien pretendía algo, pero… ¿qué? A cada miembro del grupo que era retirado le sustituía otro no menos capacitado para realizar el trabajo. Era como quitar una gota de

agua de un vaso y echar otra. No ocurría nada, todo seguía igual. Por otra parte, cualquier acción que alguien pretendiese realizar contra la Sala de Guerra era algo que resultaba inadmisible, absurdo. Para llegar allí sin pertenecer a la plantilla hacía falta ser invisible. Pero, aun suponiendo que alguien consiguiese llegar a las computadoras o teletipos, no sería fácil que pudiese utilizarlos. Y aún le sería menos fácil salir del Pentágono.

«No puedo comprenderlo —reflexionó varias veces—. Pero lo indudable es que alguien pretende algo».

Miraba de soslayo a sus compañeros, que parecían ignorar la existencia del mundo, cada cual absorto en su cometido. Ya no se contaban chistes, ni se sonreía. La seriedad era total.

A las seis horas menos un minuto aparecieron los encargados del turno matinal. Sin novedad digna de actividades especiales. El teléfono rojo no había sido tocado, los mensajes recibidos habían consumido treinta y nueve tazas de café. Eso era todo.

El general Rumsey se acercó a Elsa y a Hortense cuando ambas recogían sus abrigos en el vestuario.

—¿Todo bien, comandante? —se interesó amablemente.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Me alegro. Si no recuerdo mal, la capitán Roark le ha ofrecido por hoy su casa.

—Sí, señor. Ha sido muy amable.

—Sin duda. Bien, hasta la noche… Si necesita algo no vacile en acudir a mí.

—Se lo agradezco mucho, señor.

Elsa Roark vivía en una casita, cerca de Arlington, y decidieron ir allá cada una en su coche, Hortense siguiendo a Elsa. Así, después de dormir unas horas, podría ir a Falls Church, exactamente al 200 de Pines Avenue, a fin de ocuparse del equipaje y demás, para instalarse adecuadamente.

Cuando, hacia las dos y media de la tarde, la comandante Creviston llegó al 200 de Pines Avenue, en Falls Church, sonrió un tanto desganadamente. La casita que se le había asignado era poco menos que idéntica a la de Elsa Roark: pequeña, con romántico jardincillo, visillos en las ventanas… Era una casita perfectamente adecuada para la vida plácida, confortable y monótona de una solterona.

En el porche, sentados en el equipaje y enseres, había un sargento y un soldado del Ejército, que se pusieron en pie al verla salir del coche. Cuando llegó al porche la saludaron muy seriamente.

—A la orden, mi comandante. Se nos ha asignado la misión de ayudarla a instalarse.

—Muchas gracias. Lamento haberles hecho esperar, pero no sabía que mis cosas habían llegado.

—No importa, de veras. Esta es la llave… Permítame.

El sargento abrió la puerta, y Hortense entró en la casita. Quiso ayudar a los dos hombres, pero ambos se negaron rotundamente. A las tres y cuarto, cada cosa estaba en la pieza donde debería ser adecuadamente colocada. A las cuatro, para satisfacción del sargento y el soldado, la comandante Creviston dio por terminada su labor.

—Lo demás son detalles de los que me ocuparé personalmente —dijo—. Les estoy muy agradecida a los dos, sargento.

—No hay de qué, mi comandante. ¿Podemos servirla en algo más?

—No, no… Bueno, les invitaría a café, pero la verdad es que todavía no sé cómo funciona todo esto…

—No se preocupe.

Hortense Creviston quedó sola en la casita. Abrió las maletas, y sonrió al ver ropa femenina, y más uniformes… Pero su sonrisa fue especial cuando, bajo estas ropas, vio el maletín rojo con florecidas azules. Evidentemente, míster Cavanagh no había descuidado ningún detalle.

Abrió el maletín, sacó la radio, y apretó el botoncito de llamada.

En el acto, respondió la voz masculina:

—Onda especial para misión *War Room.* ¿Quién llama?

—Buenas tardes, Simón.

—¡Muy buenas! —Sonó ahora alegremente la voz—. ¿Ha recibido todo su equipo?

—Supongo que sí está todo. ¿Novedades?

—Ninguna en absoluto. De acuerdo a lo previsto, todos los componentes del turno de noche están debidamente custodiados…, muy discretamente, por supuesto. Y esperamos. Eso es todo.

—Me parece que nos vamos a aburrir de lo lindo, Simón… Un

momento: ¿debo entender que yo también estoy… custodiada?

—Naturalmente. Y no discuta conmigo, se lo ruego: son órdenes del Gran Jefe.

—Está bien. Después de esta primera llamada de comprobación, no habrán más contactos salvo en caso necesario, Simón.

—De acuerdo.

—Adiós.

—Hasta siempre, Baby.

Ésta cerró la radio, la guardó en el maletín, y colocó éste en el armario, pensativa. Pensativa y molesta. Aquella no era la clase de asuntos que le gustaban. Por supuesto, tenía paciencia de sobras para esperar días y días…, semanas, si era necesario. Pero esperar era perder el tiempo. Quizá en otro sitio estaba siendo mucho más necesaria que allí…

Oyó el frenazo de un coche, y poco después sonaba el timbre de la puerta. Entornó los ojos, frunció el ceño…, y acabó por sonreír.

«Oh, vamos, querida —se dijo—; acabas de llegar, no van a venir a dormirte a ti, y a pincharte en la nuca… Sería demasiada suerte».

Cuando abrió la puerta de la casita, sonrió, al ver a los dos apuestos capitanes, que, gorra en mano, la contemplaban con simpática expresión.

—Se presentan los capitanes Robinson y Bastida, mi comandante… —dijo Joseph Bastida—. ¡A sus órdenes!

—Muy amables… ¿Puedo servirles en algo, caballeros?

—La verdad es que nosotros queríamos servirla a usted. Hemos terminado nuestra partida de tenis, y como aún tenemos tiempo para el turno, pensamos que podríamos venir a ofrecerle nuestros servicios.

—Pasen… Pero no necesito nada, de veras.

—Pues —Robinson asomó la cabeza hacia el interior de la casa —, yo diría que se ve todo bastante revuelto. Nosotros podemos…

—No, no. De veras, yo lo haré… ¿Juegan ustedes juntos al tenis con frecuencia?

Cerró la puerta tras entrar ellos, y se quedó mirándoles muy sonriente.

—Procuramos hacerlo por lo menos un par de veces por semana —dijo Bastida—: hay que mantenerse en forma. ¿Y usted? ¿Juega al

tenis?

—Un poco.

—Ya tiene pareja… —rió Bastida—. Si Robinson consigue convencer a Elsa Roark, podemos organizar algún buen partido. Naturalmente, ganaríamos nosotros, comandante: usted y yo.

—En ese caso, tendré que aceptar. Pero no sé cuándo. Antes me gustaría terminar con todo esto. Supongo que me llevará un par de días… Ni siquiera puedo ofrecerles café.

—Ya te dije que sólo conseguiríamos molestar —refunfuñó el capitán Robinson.

—Pero nuestra intención era buena —sonrió Bastida—. Y, además, hemos conseguido una cita… deportiva, desde luego. De todos modos, me parece que tienes razón. Nos vamos, comandante.

—Bueno… De verdad lo siento —se excusó Hortense—. Pero ya ven cómo está todo. Espero poder ser más hospitalaria la próxima vez. Y muchas gracias a los dos. ¿No sabe algún chiste ruso, capitán Robinson?

—Oh, sí —se animó el rostro de éste—. Conozco uno que… No. Mejor que no se lo cuente. Es peor que el que le conté anoche.

—¡Santo cielo! —exclamó Hortense, aterrada.

Cuando se despidieron, en el porche, los tres reían todavía. La comandante los vio subir al coche, y estuvo mirándolo hasta que se perdió avenida abajo. Entró en la casa, se quedó apoyada en la puerta, y movió la cabeza.

«Me voy a morir de aburrimiento», se dijo.

Capítulo V

Y a juzgar por el segundo servicio que prestó en la Sala de Guerra, parecía que así iba a ser, en efecto. El trabajo le iba pareciendo más interesante, pero no era el que ella acostumbraba a realizar.

A las seis de la mañana menos un minuto, llegó el relevo matinal, y Hortense y Elsa se despidieron poco después camino del enorme estacionamiento, subiendo el cuello de sus abrigos para protegerse del frío vientecillo de la madrugada. Por encima de ellas, miles de estrellas en un cielo negro, despejado.

—Entonces, a las dos —dijo Elsa Roark—. Iré a su casa después de almorzar, la ayudaré a terminar de colocarlo todo en su sitio, y volveremos aquí directamente desde su casa.

—Estupendo… Muchas gracias.

La comandante Creviston llegó a su casita a las seis y media de la mañana. Dejó el coche en la avenida, entró en la casa, se desvistió mientras fumaba un cigarrillo, y se acostó. Podía estar despierta tres días completos, si era necesario; pero no lo era.

«Me parece —se dijo— que voy a llamar a míster Cavanagh para decirle que este trabajo no es para mí».

Se acostó, y en pocos segundos quedó dormida.

Despertó en el acto, apenas sonar el timbre de la puerta. Se sentó en la cama, y miró su relojito de pulsera. Las nueve y cuarto. Por la ventana se veía el día claro, soleado. Saltó de la cama, se puso una bata, y fue al pequeño vestíbulo. Miró por la ventana, y, delante de la casa, un poco más arriba que su coche, vio el gran camión de mudanzas. Ladeándose, miró hacia el porche, donde vio a los dos hombres, con gesto impaciente, y el gran cajón dé madera depositado en el suelo; a un lado, la palabra «frágil», y la indicación de que se mantuviese siempre en aquella posición.

Acabó de anudar el cordón de la bata y abrió la puerta.

—¿Qué desean?

—Buenos días, señora… —Uno de los hombres se tocó la gorra del uniforme de la casa de mudanzas con dos dedos—. ¿Es usted la señora Hortense Creviston?

—Sí…

El hombre señaló la libreta de reparto que llevaba en la otra mano, y con ella, luego, el gran cajón.

—Traemos esto para usted.

—¿Quién lo envía?

—¿Quién lo…? —El hombre miró la libreta, frunció el ceño, y miró a Hortense como desconcertado—. Aquí pone el Ejército, señora.

—Ah… Bien, sí. ¿Quieren pasar, por favor?

Entre los dos hombres alzaron la pesada caja, entraron en la casa, y uno de ellos miró interrogante a Hortense.

—¿Dónde lo dejamos?

—Pues no sé… En el *living*. Vengan por aquí.

—Los precedió hacia el *living*, pensativa. ¿Qué le enviaba ahora míster Cavanagh en una caja tan…?

Luego, despertó.

Sí, despertó.

¿O no se había dormido? ¿O ni siquiera estaba despierta? ¿Qué ocurría?

Estaba segura de que tenía los ojos abiertos, y, sin embargo, no veía nada. Intentó moverse, y se dio cuenta de que estaba sólidamente atada de pies y manos… También se dio cuenta de que estaba amordazada; no podía abrir la boca.

¿Qué había ocurrido?

Rápidamente, lo comprendió: la habían dormido aquellos dos hombres, posiblemente con algún gas de efectos tan fulminantes como el que ella solía utilizar. Sí… Eso había ocurrido. Y ahora estaba atada y amordazada dentro de la caja de madera… Eso tenía que ser. Es decir, que se la iban a llevar con ellos. ¿Realmente? A los demás, simplemente, los habían dormido durante tres o cuatro minutos y luego les habían pinchado en la nuca. O quizá el pinchazo de algún diminuto dardo era el que introducía algún narcótico de efectos fulminantes… ¿La habían pinchado a ella? Movió la cabeza hacia atrás, buscando un contacto que le hiciese sentir la sensación del pinchazo en el cuello, pero no tuvo tal

sensación. Ni le dolía ligeramente la nuca… ¿A ella no la habían pinchado…, y se la llevaban, en cambio? ¿Por qué?

Oyó el rumor de voces de hombre. Luego, la caja se puso en movimiento. Primero, Hortense fue contra una de las paredes, luego contra la otra. Finalmente, se estabilizó. Notaba el desplazamiento en un suave sube y baja… Oyó el motor de un coche. Luego, la caja se movió…, osciló…

¡Bom!, resonó fuertemente, mientras ella salía disparada de cara contra uno de los lados. Rebotó, y volvió a quedar tendida boca arriba, Ya no se movía la caja. Pero a los pocos segundos, el camión comenzó a trepidar. Se iban. Se la llevaban… ¿Adónde? ¿Adónde y por qué se llevaban *precisamente* a la comandante Creviston?

Unos diez minutos más tarde según sus cálculos, el camión se detuvo. Y al poco, la caja fue movida… La estaban sacando del camión. Volvió a viajar en suave ondulación… ¡Bom!, tiraron de nuevo la caja, sin miramiento alguno. Y a los pocos segundos, todo volvió a trepidar, pero más suavemente.

«Han trasladado la caja desde el camión a otro vehículo… —Comprendió—. Seguramente, una camioneta. Y deben haber dejado abandonado el camión. Quizá era robado…».

El viaje prosiguió durante unos veinte minutos más. El vehículo se detuvo, el motor fue parado. La caja volvió a moverse y volvió a quedar quieta. Y en seguida, oyó el chirriar de clavos al ser arrancados. En la caja entró un rayo de luz difusa, que se agrandó al ser arrancada otra tabla de la tapa. Arrancaron otra tabla, y vio al hombre que estaba manejando la palanqueta de hierro. Por fin, toda la tapa fue arrancada. Vio un techo de vigas, luz de sol que debía entrar por una ventana… El hombre se inclinó, y le arrancó brutalmente la tira de esparadrapo que ceñía sus labios, pero ella contuvo la exclamación de dolor. Se limitó a mirar al hombre, que sonreía.

—¿Ha tenido buen viaje, comandante? —se interesó.

No contestó. Apareció el otro hombre, y entre los dos la sacaron de la caja, dejándola de pie. Le quitaron la cuerda que los sujetaba, pero no la de las manos. Ella miraba alrededor, impávida. Estaban en un garaje, y habían llegado allí, en efecto, en una camioneta pequeña.

La pregunta era: ¿se habían dado cuenta los Simones que la

«custodiaban» de que se habían llevado a Baby delante de sus narices?

—Tiene buen temple la comandante… —comentó uno—. Ni siquiera hace preguntas.

Hortense Creviston los miró a ambos, con tal indiferencia que comprendió que se mosqueaban. Y fue justo entonces cuando recordó que no llevaba las lentillas de contacto, ni los aros que deformaban su nariz, ni las almohadillas de espuma que hinchaban ligeramente sus mejillas… Salvo los cabellos convenientemente teñidos, aquellos dos hombres estaban contemplando el auténtico rostro de la agente Baby.

Uno de ellos recogió las zapatillas de dentro de la caja, y las tiró al suelo, ante sus pies.

—Póngase eso y camine: la están esperando.

El otro señaló la pequeña puerta situada a un lado del garaje, fue hacia allá, la abrió, y señaló con el pulgar. Aparecieron en una cocina, recorrieron un corto pasillo, llegaron a un vestíbulo, y de allí pasaron a una salita.

—La comandante Creviston —anunció uno de los hombres.

Había tres hombres en la salita, y, a primera vista, el más llamativo era el que estaba en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas, mirándola con suma atención. Debía tener unos sesenta años, sus cabellos eran completamente blancos, contrastando con sus ojos negrísimos. Sus facciones eran correctas, nobles, firmes los rasgos.

Sentado en un sillón, muy cerca del anciano, había otro hombre, también bastante notable por su bello aspecto y su sardónica sonrisa. Éste tendría unos cuarenta años, y no parecía muy alto, pero sus hombros eran anchísimos, su cuello fuerte, y la línea de su boca era de una dureza impresionante.

Y, sin embargo, el más impresionante de los tres, el más interesante, era el de menor corpulencia, el que físicamente resultaba menos llamativo. Quizá tendría irnos cincuenta años, era muy delgado, hombros caídos, facciones inertes y muy pálido… Su vulgaridad, su insignificancia, habrían sido totales de no ser por los ojos. Eran de una negrura increíble, grandes, y miraban con una fijeza tal que parecían de cristal. Dos bolas de negro cristal dentro de las cuales parecía arder un fuego negro y rojo capaz de abrasar a

la persona u objeto mirados…

—Por eso le llamamos Ojos, simplemente —dijo el hombre de la sardónica sonrisa, adivinando la impresión que el otro estaba causando en Hortense—. Yo soy Libertad. Y él —señaló al anciano — es Norberto Aguirre. ¿Lo conoce usted?

La memoria fotográfica de la mejor espía del mundo se había disparado ya, como una computadora, al oír aquel nombre. Y en esa memoria apareció la fotografía de aquel hombre, pero más joven. Exactamente ocho años más joven, cuando sus cabellos eran grises, su rostro más vivaz y enérgico, su mirada más ardiente… Norberto Aguirre, el gran líder de los cubanos exiliados en Estados Unidos y que tantos intentos habían hecho para regresar a Cuba y eliminar a Fidel Castro y su régimen sovietizado. Norberto Aguirre, el gran patriota cubano…, que, según los informes recibidos hacía años por la CIA, había muerto…

—No… —dijo la comandante—. No le conozco.

—¿Y a mí? ¿Y a Ojos?

—No. A ninguno. Todo esto me hace pensar que ustedes están sufriendo una equivocación, señor… Libertad.

—Ninguna equivocación, a menos que usted no sea la comandante Creviston. ¿Lo es?

—Sí. Pero no comprendo qué desean de mí.

—¿Ni siquiera pregunta qué le pasó? ¿No quiere saber cómo se quedó dormida de repente? ¿No siente interés por ello?

—Bueno…

—Lo que ocurre, comandante, es que usted ya sabe algo de todo esto… ¿Verdad?

—¿De qué?

—Si no estamos mal informados, es usted amiga personal del general Rumsey. ¿Cierto?

—Sí.

—En ese caso, realmente, es usted la persona que nos interesa, comandante. Queremos información… Y, por favor —añadió rápidamente—, no nos diga que no sabe de qué le estoy hablando. Tenemos la muy fundada sospecha de que usted ha sido elegida expresamente por el general Rumsey para ocupar un puesto en la Sala de Guerra por motivos que él debe considerar muy convenientes. Siendo amiga personal suya, la eligió, y debió

confiarle lo que estaba ocurriendo. ¿No es así?

Hortense se pasó la lengua por los labios.

—Sí.

—O sea, que usted está al corriente de todo eso de los desvanecimientos de algunos de sus compañeros de armas, y ese… pinchazo que presentan luego en la nuca… No —rió—, no se moleste en mover su nuca: usted no lo tiene… todavía. Con usted solamente hemos empleado el gas, para dormirla. Lo de la inyección vendrá más tarde, si procede.

—¿Qué inyección?

—Dejaremos eso para más tarde. Ahora, como le hemos dicho, queremos que sea usted quien nos informe a nosotros. ¿Qué medidas ha tomado el general Rumsey respecto a lo que está sucediendo? Eso es exactamente lo que queremos saber…, si es que ha tomado alguna medida, claro. La verdad es que parece que no esté sucediendo nada… Los hombres afectados por ese desvanecimiento son retirados, se les sustituye, y todo sigue adelante, normal. Eso es lo que parece, pero nosotros tememos alguna… jugada genial del general Rumsey que pueda perjudicarnos. ¿Existe esa jugada?

—Perdone, pero… no le entiendo muy bien. Y otra cosa: ¿ustedes tienen algo que ver con todo eso?

—Naturalmente.

Hortense parpadeó, confusa.

—¿Y qué pretenden ustedes haciendo que algunos hombres sean retirados de su servicio en la Sala de Guerra?

—No pretendemos tal cosa. La verdad es que hemos tenido unos fallos… científicos, que me parece han sido subsanados.

—No comprendo nada.

—Comandante Creviston, usted ha sido traída aquí sólo para que conteste a mis preguntas. Dígame: ¿ha tomado el general algunas medidas al respecto?

—No lo sé.

—Por favor, recapacite. Yo necesito saber eso, para seguir con mis planes o dejarlos. ¿Ha tomado medidas especiales el general, sí o no?

—No lo sé.

Libertad hizo un gesto hacia detrás de Hortense, y, en el acto,

ésta recibió un tremendo puñetazo en el centro de la espalda, que la tiró de bruces al suelo. Fue puesta en pie por los dos sujetos del camión, y recibió otro golpe, ahora en pleno estómago, que la dejó sin sentido, colgando del que la sujetaba por detrás… que la soltó, dejándola caer, como muerta.

Norberto Aguirre miró a Libertad.

—¿Es necesario esto? —musitó.

—Lo siento, señor Aguirre, pero sí. ¿Qué importa que esta mujer reciba unos cuantos golpes a cambio de saber si podemos seguir adelante o no con nuestro magnífico plan? Reanimadla, Jaime.

—Ve a por agua, Luis —dijo Jaime.

El otro salió de la salita, regresó con una jarra llena de agua, y la vació sobre la desvanecida Hortense, que se agitó, murmurando algo, abrió los ojos, y se quedó mirando el techo durante unos segundos, la mente en blanco… De pronto, sus ojos se dilataron, movió la cabeza…, y su mirada pareció chocar con la de Libertad, que sonrió secamente.

—Nos está obligando a ser toscos y brutales, comandante. Y para nada, porque usted acabará contestando a todas mis preguntas, se lo aseguro. ¿Ha tomado el general Rumsey algunas medidas interesantes sobre este asunto?

Hortense asintió con la cabeza, desviando la mirada. Estaba muy pálida, demudado el rostro, en el que sentía un frío intenso…

—¿Qué medidas?

—Está… está haciendo vigilar a todos los que trabajan en la Sala de Guerra, por si… por si le ocurriese lo mismo a otro oficial.

—¿Todos los que trabajan en la Sala de Guerra están vigilados?

—Protegidos, es lo exacto. Sí, todos… Bueno, todos los del grupo de noche, ya que solamente a ese personal le… le está ocurriendo eso… de los desvanecimientos y…

—¿Quiere decir que a los componentes de los otros grupos no los están protegiendo?

—No.

—Vaya… ¡Magnífico! Bien, en realidad esto nos contraría Un poco, pero tendremos que arreglarnos así, ahora que hemos subsanado el fallo científico. Tendremos que utilizar a un oficial de la Sala de Guerra, sea como fuere.

—¿Utilizarlo… en qué?

—Queremos utilizar el famoso Teléfono Rojo para enviar un mensaje a Moscú —sonrió Norberto. Aguirre.

La comandante Creviston quedó estupefacta.

—¿Están locos? —Exclamó en seguida—. ¡Jamás podrán utilizar los teletipos de la Sala de Guerra!

—Sí podremos, ahora que se ha solucionado el fallo científico —dijo Libertad—. Y puesto que parece que aún podemos intentarlo, lo haremos esta misma noche…

—¿De qué habla? ¡No me diga que tiene la esperanza de sobornar a uno de los oficiales de la Sala de Guerra!

—No, no… —Frunció el ceño Libertad—. Respecto a eso, tenemos la seguridad de que jamás lo conseguiríamos. Pero tenemos nuestros medios, comandante Creviston.

—¿Qué medios?

—Control mental.

—¡No! —Palideció Hortense.

—¿No me cree? —sonrió de nuevo Libertad.

Se sintió tan aterrada de pronto que sólo acertó a mover negativamente la cabeza.

—¿No? —Alzó las cejas Libertad—. Pues quizá llegue a enterarse de que ha estado muy equivocada, comandante Creviston. Hasta ahora, parece ser que la droga ha sido la causante de cuatro fallos, pero Sabio asegura que ya está solucionado el problema. Está trabajando en el laboratorio. Mejor dicho, creo que lo está recogiendo todo. Venga, va a conocer a Sabio, comandante. Ojos, tú quédate aquí, y te avisaremos del momento en que debes hacer tu trabajo.

—Está bien —susurró Ojos.

Hortense fue llevada a un cuarto interior de la casa donde, en efecto, un hombre estaba empaquetando utensilios de laboratorio, en cajas llenas de paja. No podía estar más claro que estaban desmontando un laboratorio, para ser trasladado.

—Terminaré pronto —dijo aquel hombre—. Siento todo esto, Libertad. Sé que fue una gran molestia tener que instalar aquí un laboratorio, pero había que terminar el trabajo. Maldita sea, estaba seguro de que todo estaba bien, pero la droga no estaba completa. Faltaba…

—Está bien, Sabio, ya no tiene remedio. Ella es la comandante

Creviston: no cree que podamos… controlar una mente a distancia.

—Ah… —Sabio sonrió—. ¿No lo cree? Bueno, bueno…

—He pensado que podríamos hacerle una demostración.

Sabio se quedó mirando con sarcasmo a Hortense. Era un hombre menudo, calvo, con lentes de gruesos cristales, de rostro sonrosado… Su edad no debía ser inferior a los sesenta años.

—No vale la pena molestarse, Libertad —movió la reluciente cabeza.

—Yo creo que sí —sonrió Libertad—. Quiero decir que podrías hacerle una demostración a la comandante Creviston, y, al mismo tiempo, asegurarnos nosotros de que esta vez no habrá fallos científicos.

—¡Oh…! Sí, eso está mejor, sí… ¡De acuerdo, lo vamos a probar! ¿Está Ojos cerca?

—Sí.

—Bueno —rió Sabio—, mientras no esté más lejos de cinco kilómetros, estoy seguro de que puede lograrlo, ahora. Oye, Jaime, tendrías que traerme otra caja para estas cosas…

—Hay una en el garaje —asintió Jaime—. ¿La traigo ahora?

—Sí, sí. Mientras tanto, prepararé una dosis… ¿Te gustaría probar los efectos?

Jaime sonrió anchamente.

—Depende de lo que Ojos me obligase a hacer, la verdad.

—Ya buscaremos algo divertido… y convincente. Ve a buscar esa caja.

Jaime salió, y Libertad miró a Hortense, que a su vez miraba a Sabio, que estaba sacando un estuche de una de las cajas. Lo colocó sobre uno de los tableros ya vacíos, y sacó una jeringuilla de delgadísima aguja, y un frasco de cristal muy pequeño, que contenía un líquido que parecía agua.

—Es de mi invención —rió Sabio—. ¡Algo totalmente nuevo, se lo aseguro! ¿Y si lo probásemos con ella en lugar de con Jaime, Libertad?

—Mmm… No. No, no. Jaime siempre ha sido muy terco… No le será fácil a Ojos dominarlo. Y yo quiero estar seguro esta vez, Sabio.

—Ya te convencerás…

Con la delgadísima aguja, pinchó la tapa del frasco de cristal, y absorbió un poco de líquido. Poquísimo.

Libertad miraba a la muy atenta comandante Creviston.

—Para inyectarle esta droga a sus compañeros de la Sala de Guerra, tuvimos que dormirlos antes, disparándoles unas cápsulas de gas, también invención de Sabio. Uno no se da cuenta de nada en cuanto ese gas queda liberado cerca de él; se duerme, y eso es todo. Oh, pero usted ya sabe eso, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Una vez dormido el sujeto, se le inyecta la droga, que no produce trastorno físico alguno, ni deja molestias o posos en la sangre. En realidad, es como si el sujeto no hubiese sufrido inoculación de ninguna clase… Pero su cerebro queda…

—Debilitado —rió Sabio.

—Bueno, digámoslo así —rió también Libertad—. Queda tan debilitado que Ojos puede controlarlo a distancia, y ordenarle todo lo que quiera, en cualquier momento. Así se procedió con esos oficiales que ahora están siendo examinados en una clínica. Pero…, al parecer, la droga no estaba completa, y, a pesar de los esfuerzos hipnóticos de Ojos, no pudo conseguir nada. Ahora, Sabio asegura que la droga está terminada, así que lo comprobaremos.

—Y si da resultado, la inyectarán a algún oficial de la Sala de Guerra y le obligarán a enviar determinado mensaje a Moscú por medio de los teletipos del Teléfono Rojo.

—Sí.

—¿Qué mensaje?

—Una declaración de guerra.

Brigitte Montfort, alias Baby, alias comandante Hortense Creviston, quedó blanca como la leche. Abrió la boca, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra… Afuera se oía el arrastrar de la caja que traía Jaime. Y en el laboratorio, Libertad, Sabio y Luis miraban fijamente a Baby, que por fin pudo tragar saliva y balbucear:

—Pe… pero, eso es… es una monstruosidad, y… y… ¡Los rusos no lo creerán!

—Oh, sí. Lo creerán, se lo aseguro.

—No… No, no, no… ¡¡No lo creerán!! ¡¡NO!!

—Ya lo veremos —sonrió fríamente Libertad.

—Pe… pero… ¿para qué? ¿Qué pretenden, por qué quieren que Estados Unidos declare la guerra a Rusia…?

—Aquí fuera está la caja —apareció Jaime, enfurruñado, mirando a Luis—. Maldito seas, ya podrías haber venido a ayudarme, ¿no te parece?

—Ayúdale y terminemos —masculló Libertad—. Tenemos que marcharnos pronto, nos están esperando en Calígula. Jaime, ¿te vas a dejar inyectar, o no?

—No sé… Bueno, está bien —encogió los hombros Jaime.

—Voy a decírselo a Ojos, para que se concentre en ti. Sabio, inyéctale ya.

Sabio esperó a que entre Jaime y Luis entrasen la caja. Luego, con hábil gesto, pincho la delgada aguja en la nuca de Jaime, un poco de abajo arriba, introduciéndola quizá un centímetro, y apretó el émbolo, tranquilamente.

—¿Has notado algo? —preguntó.

—Hombre, claro… Pero, ¡bah!, no es nada…

Libertad regresó, y miró a Sabio, que asintió con la cabeza, mostrando la jeringuilla, ya vacía.

—Ojos empezará dentro de un minuto —murmuró Libertad.

Hortense miraba de uno a otro, tensa. ¿Sería posible…? ¿Daría resultado? Porque si daba resultado tenía que escapar de allí inmediatamente, fuese como fuera. Y tenía que matar a Sabio, destruir aquella droga, matar a Ojos… ¡A todos! Disimuladamente, tensó los brazos, para comprobar la potencia de las cuerdas. Pero los nudos estaban bien hechos, fuertemente apretados… Podía intentar vencer a aquellos hombres utilizando como armas sólo las piernas, pero debían tener pistolas… No podría conseguirlo.

Estaba ya notando en su frente las gotitas del sudor de la angustia cuando, de pronto, observó una crispación en la boca de Jaime.

—No… —dijo Jaime—. No, no…

Todos le miraban fijamente. Jaime movió la cabeza, negando de nuevo.

—No… ¡No!

Sus ojos estaban muy abiertos. Desorbitados. La crispación en la boca se repitió, todo su cuerpo se tensó… De pronto, se relajó. Su rostro quedó normal, la respiración se regularizó. Parecía tranquilo, normal.

Metió la mano derecha en un bolsillo del pantalón, y sacó una

navaja de resorte. Apretó el botoncito, y la hoja salió, con un chasquido. Jaime alzó la navaja, la miró; la estuvo contemplando unos segundos.

Inesperadamente, la giró, apuntando hacia su pecho, y la hundió allí, con seco golpe. ¡Choc!, se oyó al golpear la navaja en su carne. Inmediatamente, el rojo líquido apareció bajo la mano de Jaime, que bajó la cabeza, la miró, y sus ojos volvieron a abrirse mucho…, mientras caía al suelo, donde quedó de bruces, inmóvil.

—Era demasiado terco, en efecto —dijo fríamente Libertad—. Ya estaba harto de él.

—¿Esto es lo que le has dicho a Ojos que ordenase mentalmente a Jaime? —preguntó Sabio.

—Desde luego. Y, como puede ver, comandante —Libertad la miró con más sarcasmo que nunca—, si Ojos puede ordenar a un hombre que se mate, no tendrá la menor dificultad en… ¡Eeeehhh…!

El rodillazo de la agente Baby le alcanzó en el bajo vientre, empujándole contra Sabio, que lanzó un chillido y se apartó, tan torpemente, con tanta precipitación, que cayó sentado al suelo, sin dejar de chillar.

Mientras tanto, la comandante Creviston recuperaba rápidamente el equilibrio, dispuesta a volverse hacia Luis…

—¡Cloc!, sonó su cabeza, mucho menos dura que la pistola con que la golpeó Luis, por detrás.

Capítulo VI

Cuando abrió los ojos, Baby no vio más que sombras que giraban. Los volvió a cerrar, estuvo así un par de minutos, y los abrió de nuevo. Las imágenes se aclararon. Estaba en la salita, sentada en un sillón. Delante de ella, en su silla de ruedas, estaba Norberto Aguirre, mirándola fijamente. A su derecha, contemplándola no menos fijamente y con la pistola en la mano, estaba Luis, que parecía de pésimo humor.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz ronca Hortense.

—Váyase al demonio —replicó Luis.

Norberto Aguirre miró su reloj, y musitó:

—Las once y veinte. ¿Cómo se encuentra?

Hortense continuaba con las manos atadas a la espalda, pero se las arregló para mover los hombros y el cuello, en busca de un alivio al dolor que, desde la cabeza, se extendía hacia todo el cuerpo, especialmente la nuca y la espalda.

—No lo sé… —murmuró—. Creo que mal.

—Lo siento. Pero entiendo que usted es una mujer con un cierto mal genio.

Ella le dirigió una mirada entre sorprendida y hosca. ¿De modo que tenía mal genio? Casi resultaba divertido oír eso.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Preparando el viaje.

—¿Y usted no va de viaje, señor Aguirre?

—Oh, sí. Pero yo…

—No creo que deba darle tantas explicaciones —interrumpió con brusquedad Luis.

Norberto Aguirre le miró con cierta altivez.

—Usted está a mis órdenes —dijo—, así que no es quien para decirme lo que debo hacer o no debo hacer.

Luis frunció el ceño, pareció ponerse aún de peor humor, y de

pronto se incorporó y salió de la salita. Hortense dirigió una sonriente mirada a Norberto Aguirre.

—Según parece, señor Aguirre, no está usted acabado, ni mucho menos. Pero… me pareció oír o leer en alguna parte que había muerto.

—Ya ve que no —sonrió el anciano—. Las balas que se dijo que me habían matado solamente sirvieron para postrarme en este… artefacto. Sigo con vida, y dispuesto a seguir luchando por Cuba. No aceptaré jamás al Gobierno de Fidel Castro.

—Pues ha estado usted mucho tiempo inactivo. Y durante ese tiempo, la postura de Castro se ha ido afirmando en Cuba. Si no recuerdo mal, hace ocho años que usted no ha intentado nada contra esa situación. ¿Por qué lo hace ahora, de pronto, después de tanto tiempo, cuando ya el mundo se está… acostumbrando a Fidel Castro?

—Puede que el mundo se esté acostumbrando, pero no los cubanos que tuvimos que escapar de Cuba. Sí, he estado mucho tiempo inactivo, escondido, sin poder hacer nada… Pero, por fin, he conseguido volver a la lucha. Y cuando los cubanos exiliados sepan que Norberto Aguirre vuelve la lucha, todos me seguirán. Es decir, ya están dispuestos a ello, muchos se han informado de que estoy vivo, y la voz está corriendo por todo el continente… Volveremos a Cuba.

Hortense Creviston, que miraba atentamente al anciano, movió la cabeza, admirada y un tanto compasiva. El viejo Aguirre no perdía las esperanzas, pero ¿realmente alguien le seguiría en un nuevo intento? Quizá sí, porque tan sólo mencionando su nombre, se encenderían de nuevo muchas esperanzas…

—Quizá puedan volver —murmuró Hortense—. Pero me parece que el precio sería demasiado alto, señor Aguirre.

—Unas cuantas vidas es lo menos que podemos ofrecer por Cuba. La mía, si es necesario, será la primera.

—¿Unas cuantas vidas? —le contempló, atónita Hortense—. Por el amor de Dios… ¡Serían cientos de miles de vidas, millones de vidas…!

Ahora le tocó el turno a Norberto Aguirre para quedar atónito, contemplando a la comandante como si ésta hubiese hablado en chino. Abrió la boca para contestar, pero, en ese momento,

reapareció. Luis, seguido de Libertad, Sabio y Ojos. Curiosos nombres, que parecían tener un significado. Por lo menos, el de Ojos, cuya negra y poderosa mirada pareció clavarse realmente, como una lanza ardiente, en los azules ojos de Hortense, que se apresuró a mirar a otro lado.

—Señor Aguirre, nos vamos —dijo Libertad—. Nos lo llevamos todo, desde luego. Luis se quedará con usted hasta el momento en que vengan a recogerlo.

Aguirre asintió con la cabeza.

—¿Y Jaime? —preguntó.

—Mmmm… Se ha marchado ya —dijo rápidamente Libertad—. Nos reuniremos con él en nuestro punto de destino. Pero estará seguro con Luis, no se preocupe. Ojos se va a quedar en el continente, para hacer su trabajo con el oficial del Ejército, y cuando termine también saldrá hacia Calígula. Es decir, que ahora nos estamos separando, pero pronto estaremos de nuevo juntos.

—¿Ojos saldrá conmigo de Estados Unidos?

—No. El tendrán que quedarse por aquí cerca hasta mañana, pero está todo previsto. Si necesita algo, pídaselo a Luis.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó Hortense.

Libertad la miró, con un ramalazo de odio en los ojos, pero no contestó. Se acercó a Aguirre y le tendió la mano. Sabio y Ojos también se despidieron del anciano, y en seguida salieron de la salita… No sin que antes, Libertad mirase a Hortense, y luego, muy significativamente, a Luis, que asintió con un gesto: la habían condenado a muerte. Pero, al mismo tiempo, Hortense comprendía que ellos no querían que Norberto Aguirre lo supiese.

Poco después, Hortense oía los motores de dos coches, alejándose. Libertad y Sabio hacia… Calígula. ¿Qué debía ser Calígula? Por supuesto, un punto clave de reunión… Mientras tanto, Ojos se iba a quedar, encargado de… controlar la mente de uno de los empleados de la Sala de Guerra. Y, por la seguridad que parecían tener de conseguirlo, no podía dudarse de que tenían muy bien pensado el plan a seguir.

El silencio era completo. Afuera lucía el sol, amarillo, pálido, tibio. Un triste sol invernal.

Luis cogió un libro de la librería, y se puso a leer, cerca de la ventana, mirando con frecuencia a Hortense, cuyos disimulados

esfuerzos por aflojar las ligaduras no estaban teniendo el menor éxito. Y por otra parte, había perdido ya toda esperanza de que sus compañeros de la CIA que la custodiaban como componente del grupo de noche de la Sala de Guerra que era, se hubiesen dado cuenta de la jugada de Jaime y Luis al sacarla de la casa dentro de la caja. Y la culpa la tenía ella misma, por haberles ordenado que no hubiese contactos por radio salvo en caso necesario. Evidentemente, los Simones no habían considerado necesario llamarla para preguntarle qué le habían llevado los hombres de aquel camión… Y aunque finalmente se hubiesen dado cuenta de lo sucedido, ya era demasiado tarde, ya no podían saber a dónde la habían llevado…, cosa que ni ella misma sabía.

—¿Dónde estamos? —preguntó de pronto.

—¡Cállese! —Gruñó Luis.

—En una villa cerca de Fairfax —dijo Aguirre—. Se lo digo porque pronto quedará abandonada y no importará que usted pueda decirlo.

—De todas maneras no podré decirlo… —susurró Hortense.

—¿Por qué no?

—Porque ustedes me van a matar. ¿No lo sabía, de veras?

—No diga tonterías. Por el momento, no tenemos la menor intención de matarla. Aunque, ciertamente, si llega a ser necesario, lo haremos.

La comandante no contestó. Estaba comprendiendo cada vez con más claridad que Norberto Aguirre no sabía muchas cosas de las que sucedían a su alrededor. Y, poco a poco, fue llegando a una conclusión que contenía una cierta esperanza: Norberto Aguirre estaba siendo utilizado como títere, como… emblema de una revolución que, en la realidad, dirigían otras personas; entre las cuales, obviamente, se hallaba Libertad. Estaban utilizando al pobre viejo que se había pasado escondido ocho años como… el estandarte patriótico que podría convencer a miles de cubanos que comenzaban a vivir con tranquilidad, aceptando filosóficamente el destino de Cuba bajo las directrices soviéticas…

—Tengo hambre —dijo Hortense.

—Escuche, ya me está fastidiando —saltó Luis—, así que cierre esa maldita boca de una vez.

—Dele de comer —dijo secamente Aguirre.

—¡Que se vaya al infierno!

—He dicho que le dé de comer. Tenemos suficiente comida, así que obedezca mis órdenes.

Luis miró torvamente al anciano, pero, de pronto, se puso en pie y salió de la salita. Regresó un par de minutos más tarde, con unos bocadillos envueltos en papel de estaño, que tiró en el regazo de Hortense Creviston. Se dirigía de nuevo a su sillón cuando tronó de nuevo la voz de Aguirre:

—¿Cómo quiere que coma, teniendo las manos atadas? Desátela, vamos.

El humor de Luis iba empeorando por segundos. Se acercó a la comandante, le soltó las manos, y regresó a su sillón, se sentó, y se quedó mirándola fijamente, mientras ella comía, con placidez… Comía y pensaba. Desde luego, Luis había cometido un gran error al complacer al amable anciano. Pero era un error del cual sólo podía obtener frutos ella si conseguía vencerlo al primer intento. Si fallaba, ya no tendría otra oportunidad: Luis cumpliría, aunque fuese con adelanto, la orden de Libertad de matarla.

Terminó de comer, se acomodó mejor en el sillón, y cerró los ojos…, casi completamente. Por entre los párpados, veía a Luis, siempre mirándola a ella fijamente. Simuló quedarse dormida, con la esperanza de que Luis se relajase, y olvidase que tenía las manos libres… Desvió la mirada hacia Norberto Aguirre, y le vio dando unas cabezadas. ¡Pobre viejo…!

El silencio era tal, que, siempre acechando a Luis, Hortense Creviston estuvo a punto de dormirse realmente. Le dolían los párpados, la espalda, la cabeza… Luis leía y la miraba. Desde luego, estaba esperando algo. O a alguien. Y si lo que estaba esperando sucedía, ya no se molestaría en mantenerla con vida.

Calculó que debían ser cerca de las tres de la tarde. Y todo seguía igual. Luis no se descuidaría. Había que hacer algo…, y ya había perdido demasiado tiempo esperando un descuido de Luis, que no parecía factible, ni mucho menos.

Abrió los ojos completamente, y parpadeó y bostezó como si realmente hubiese estado durmiendo una larga siesta. Miró a Norberto Aguirre, y se sorprendió al verle despierto, completamente despejado, mirándola casi sonriente.

—Parece que tiene Usted muy buen temple, comandante.

—Me he quedado dormida, ¿verdad? —sonrió ella.

—Durante más de dos horas.

—¿Tanto? Bueno, todavía no estoy acostumbrada a ese tumo de noche, así que será debido a eso. ¿Qué estamos esperando aquí?

—Vendrán a recogerme.

—Ah, sí. Dígame: ¿de verdad está usted dispuesto a enfrentar a Estados Unidos y a Rusia?

—¿Qué? —Se abrió la boca de Aguirre, en el colmo del asombro —. ¿Qué dice usted…?

—Estoy hablando de esa declaración de guerra que…

—¡Cierre la boca! —gritó Luis.

Hortense le miró, parpadeó…, y apretó los labios. Pero Norberto. Aguirre no parecía dispuesto a dar por terminada la conversación.

—¿De qué declaración de guerra está usted hablando? —Casi gritó.

—La guerra entre Rusia y Estados Unidos.

—Usted, usted está loca…

—Bueno, eso es lo que Libertad me dijo que estaban planeando.

—¡Mentira!

—Pregúntele a él —señaló Hortense a Luis.

Aguirre miró a Luis, que tenía el ceño fruncido, pero que, al mismo tiempo, sonreía…

—¿Qué está diciendo esta mujer? —aulló el anciano.

—La verdad, señor Aguirre.

—¿La ver…? Pero… ¿qué significa esto? ¡Cuando se me expuso ese plan en el que se incluía la utilización del Teléfono Rojo, no se habló de ninguna guerra de esa clase! ¿Están locos? ¡Si los Estados Unidos y Rusia se enfrentan, será el fin del mundo! ¡Y no es eso lo que me dijeron que estaban preparando, sino…! ¡Quiero llamar por teléfono a Miami ahora mismo!

—Me temo que no puedo permitírselo —sonrió Luis.

—¡Usted no es nada, no es nadie! ¡Ya lo creo que llamaré, y ahora mismo! —El anciano puso las manos sobre las ruedas del sillón, y las hizo girar, hacia la mesita donde estaba el teléfono—. ¡Voy a llamar a mis seguidores de Miami, y les…!

—Señor Aguirre —Luis sacó la pistola y le apuntó—: será mejor para usted que no siga adelante, o le mataré.

—¡Si me mata, nadie les apoyará a ustedes!

—Yo creo que sí —amplió su sonrisa Luis—. Recuerde que algunos de sus más significados amigos ya se entrevistaron con usted en Nueva Orleans hace algunas semanas. Todos saben que está vivo… Libertad les dirá que ha vuelto a esconderse, y que todas las órdenes que él dé provienen de usted. En realidad, ya no le necesitamos, así que no sea estúpido y quédese quieto.

Norberto Aguirre se había detenido. Estaba lívido como un cadáver, y, por unos segundos, pareció que jamás pudiese recuperar ni siquiera la facultad de mover las ruedas del sillón. Pero, de pronto, apretó los labios, y volvió a hacerlo, hacia el teléfono…

Plop, chascó la pistola de Luis.

La bala atravesó el respaldo del sillón, y se clavó en la espalda del anciano, que cayó hacia delante con brusco salto, lanzando un alarido de dolor… Simultáneamente, Hortense Creviston se impulsaba con los pies hacia atrás, con tal fuerza que el sillón volcó, ella rodó por el suelo sobre su espalda, se puso en pie de un salto prodigioso, y fue a caer de rodillas ante la puerta que se abría hacia el pasillo que conducía a la cocina…

Plop, chascó de nuevo la pistola de Luis, al mismo tiempo que Hortense volvía a saltar hacia el pasillo. Oyó el impacto de la bala contra la pared de la salita, tan desviada que bastaba para comprender el sobresalto y la precipitación de Luis ante la acción de la comandante.

Precipitación y sobresalto que luego no parecieron precisamente acordes con la actitud del asesino, el cual, en lugar de echar a correr en el acto detrás de Hortense Creviston, dirigió una mirada al cadáver de Norberto Aguirre, sonrió, y comenzó a caminar calmosamente hacia el pasillo. Lo recorrió sin prisas, y entró en la cocina, sonriendo ferozmente…

Su sonrisa quedó congelada en sus labios. Y para siempre.

El cuchillo de cocina cruzó el aire con veloz destello, y se clavó en la garganta de Luis, con acolchado sonido escalofriante.

—Aaaagggg… aaagggaaa…

Con el estertor provocado por la terrible cuchillada, una extraña expresión apareció en los ojos de Luis. Una expresión de incredulidad ante algo que no podía comprender. Una expresión de infinito asombro, mientras soltaba la pistola y se llevaba ambas

manos a la garganta, donde el cuchillo de cocina estaba hundido hasta el mango…

Delante de él, todavía con el brazo derecho extendido tras el lanzamiento del cuchillo, la agente Baby le contempló caer de bruces, muy cerca de sus pies. Todavía permaneció así unos segundos. Luego, suspiró profundamente, recogió la pistola, y salió de la cocina.

En la salita, le dio la vuelta a Norberto Aguirre, dejándole cara al techo, y pudo ver sus ojos desorbitados, su expresión de dolor, tan diferente a la de Luis… Muy diferente. Parecía que Luis no había sentido dolor, sino sorpresa… Sorpresa, ¿por qué motivo? Bien, quizá esperaba que la comandante corriese como un conejo en lugar de esperarle en la cocina para hacerle frente…

Baby cerró los párpados de Aguirre, y movió la cabeza.

—De verdad lo siento —musitó.

Se dio una vuelta por la casa, en busca de algo que pudiera servirle como pista, pero no halló nada. Ni siquiera en el laboratorio, que había sido completamente desmantelado.

Volvió a la cocina, se arrodilló junto a Luis, y le dio la vuelta. Impávida ante la horrenda muerte del asesino, se dedicó a vaciar sus bolsillos, dejando en el suelo su contenido. Luego, abrió la billetera, y lo primero que vio fue el pasaje de avión… A nombre de Luis Azpeitia, vuelo 202, directo Nueva York-Nassau, hora nueve cuarenta del día siete de febrero de mil novecientos setenta y cuatro… Es decir, para la mañana siguiente.

Baby Montfort se acarició pensativamente la barbilla.

—Nassau, Bahamas…

Regresó a la salita, y fue directa al teléfono. Marcó un número.

—¿…?

—Agente Nueva York siete, uno, uno siete, para jefatura Grupo de Acción. Prioridad —murmuró.

Capítulo VII

Cuando salió del dormitorio en el que se había encerrado para ponerse las ropas que le había traído míster Cavanagh, los Simones estaban todavía lívidos, inmóviles en la salita. Les sonrió cariñosamente.

—No se preocupen tanto: la culpa fue mía.

—Pe… pero nosotros debimos… interesarnos por aquel camión de mudanzas… Claro que la vimos abrir tranquilamente, luego vimos cómo se llevaban la caja… Bueno, pensamos que le habían traído algo que usted había comprado, o… Bueno…

—Está bien, ya pasó.

—Habíamos dado la alarma general —musitó míster Cavanagh—. A las dos de la tarde llegó la capitán Elsa Roark, estuvo llamando, luego entró sin que nadie le hubiese abierto… Salió al poco, con expresión de sorpresa, mirando a todos lados. Entonces, ellos comprendieron, y se acercaron a la capitán Roark, le preguntaron… Casi segundos más tarde, la alarma estaba dada. En fin, como es costumbre en usted, se las ha arreglado sola. Como siempre, sí… Y veamos si podemos aclarar esto.

—Se lo he explicado ya —alzó las cejas Baby—. ¿No me ha entendido?

—Creo que sí. Excepto una cosa. Pero veamos antes si es cierto que lo he entendido: engañaron a Norberto Aguirre, que vivía escondido, inválido, cualquiera sabe dónde. No sabemos lo que le dijeron para convencerle de que se presentase como imagen del nuevo intento cubano de expulsar a Fidel Castro. Pero sí sabemos que pretenden que un oficial de la Sala de Guerra, controlado mentalmente, envíe a los rusos una declaración de guerra por uno de los teletipos.

—Exacto.

—¿Con qué objeto?

—No lo sé…, aún. Pero, a mi entender, y teniendo en cuenta ciertos detalles y lo que han hecho con Norberto Aguirre, no se trata de nada que favorezca a los exiliados cubanos. Libertad no está actuando en beneficio de Cuba, ni de los exiliados. Lo juraría. Pero no se me ocurre qué pretende enfrentando a Estados Unidos y Rusia… Aparte de que me parece todo tan absurdo…

—¿Absurdo? ¿Por qué?

—Caramba, señor, las cosas no son tan sencillas… ¿Usted cree que basta enviar a los rusos una declaración de guerra para que ésta se ponga en marcha? ¿Así, tan sencillamente? Por Dios, eso sería atrozmente inhumano y absurdo.

—No parecen considerarlo así Libertad y su grupo.

—Pues no lo entiendo. Pero, de todos modos, hay que impedir que esa declaración de guerra sea cursada. Espero que los demás militares de la Sala de Guerra estarán mejor custodiados que yo.

Los agentes de la CIA que habían acudido con Cavanagh enrojecieron intensamente, pero el jefe del Grupo de Acción se limitó a sonreír.

—Hemos doblado la vigilancia sobre ellos. Y no habrá más descuidos…, espero. Por esa parte, no se preocupe.

—De acuerdo. ¿Están aclaradas todas sus dudas, señor?

—No, no… Sigue quedando una, y es ésta: ¿qué querían de usted exactamente?

—Información respecto a las medidas tomadas por el Pentágono respecto a esos desvanecimientos de los oficiales de la Sala de Guerra. Me eligieron a mí porque estaban convencidos de que era amiga personal del general Rumsey, y, por tanto, debía saber algo más que los demás oficiales.

—¿Y usted qué les dijo?

—Que estaban todos vigilados.

—¿Y aun sabiendo eso… cree usted que lo intentarán?

—Ojos se ha quedado cerca de aquí, buscando un oficial que se ponga a su alcance. Es muy posible que tuviese planeado salir mañana de Estados Unidos, hacia Nassau, con Luis Azpeitia, desde Nueva York.

—O sea, que debe estar cerca del Pentágono… Está loco. O tiene algún plan infalible para conseguir sus propósitos.

—Lo mismo pensé yo. ¿Ha cursado esa orden respecto a lo que

sea que se llame Calígula?

—Sí… Mientras usted se vestía llamé a la Central, para que enviasen a Nassau la orden a todos los agentes y colaboradores que tenemos allí de que dejen lo que estén haciendo y se dediquen a buscar, donde sea, algo que se llame Calígula.

—Quizá estemos perdiendo el tiempo —murmuró Baby—, pero no tenemos más pista que ese nombre y el pasaje en avión de Luis Azpeitia. Si no coinciden, mala suerte… De todos modos, me voy a Nassau, inmediatamente.

—Supongo que es lo mejor —Cavanagh cogió algo del sillón y lo alzó—. Su maletín.

—Piensa usted en todo —sonrió la divina.

—Incluso en un avión que la está esperando en el aeropuerto, listo para despejar. Son las —Cavanagh miró su reloj—, cuatro y cinco. Puede estar usted en Nassau entre las seis y media y las siete. Apenas llegar, póngase en contacto con los agentes de allá, y… Bueno, ¿para qué decirle lo que tiene que hacer?

—Para nada —rió Baby—. ¿Quién me lleva al aeropuerto?

—Yo mismo, mientras ellos siguen buscando algo interesante en esta casa. Cuando guste.

Baby dirigió una mirada al bulto que formaba el cadáver de Norberto Aguirre bajo la manta, movió la cabeza, y se dirigió a la puerta.

Poco después, Cavanagh conducía hacia el aeropuerto, y ella examinaba el contenido del maletín, asegurándose de que todo estaba en orden. Pensó en sus cabellos, teñidos de gris a mechones, y que, ciertamente, no encajaban con su actual aspecto, juvenil y despreocupado… Pero, a fin de cuentas, el vuelo iba a ser privado, así que no habrían curiosos para sorprenderse. Y cuando llegase a Nassau, se pondría la peluca rubia, las lentes de contacto de color verde… Ni a mil millas recordaría a la comandante Creviston.

—¡Oh! —Exclamó de pronto Baby—. ¡La Sala de Guerra…!

—Yo me ocuparé de eso —dijo Cavanagh—. Su turno no empieza hasta las doce, así que hay tiempo de ocuparse del asunto. Tendré que volver a llamar al general Rumsey, y decirle que elija él mismo un oficial para el puesto que deja usted vacante… ¿Qué tal se lo pasaba en la *War Room*?

La espía más hermosa del mundo sonrió angelicalmente.

—Fatal —aseguró—. A mí, eso de estar recibiendo y enviando chismes nunca me ha gustado. ¡Santo cielo, era de lo más aburrido que pueda imaginarse, señor!

—Pero allí, al menos, estaba segura, a salvo.

Brigitte Montfort, alias Baby, que pensaba ya en el sol, las palmeras, y las transparentes aguas de las Bahamas, sonrió de nuevo, mirando de reojo a su jefe.

—Pues eso era precisamente lo aburrido, señor.

A las siete y tres minutos, la señorita Montfort salía del edificio del aeropuerto Oakes Field, de Nassau, en la isla de Nueva Providencia, con un ejemplar de la revista *Cosmopolitan* bien visible en su mano derecha. En la izquierda, el maletín rojo con florecillas azules.

En seguida vio al hombre alto y atlético, de risueña mirada, que esperaba en el exterior, apoyado en un coche. Se acercó a él, mirándole no menos risueña, y le tendió la revista.

—¿Me sostiene esto un momento, señor? Tengo que rascarme la nariz.

El hombre sonrió ahora de oreja a oreja.

—Si quiere, la ayudo.

—Oh, no es necesario… Tengo deditos, ¿los ve?

—¿Ha tenido buen viaje? —rió ahora el agente de la CIA viendo a Baby rascarse la nariz.

—Pues sí. Viajo demasiado, pero cuando lo hago sobre el mar, me siento recompensada. Bien, Simón, cuando le he llamado por la radio y hemos convenido este encuentro tan agradable, me ha dicho que tenía una sorpresa para mí. ¿Cuál es?

—Hemos encontrado ese lugar llamado Calígula. No ha sido difícil en absoluto.

Baby se quedó con dos deditos en la nariz, entornados los ojos color cielo.

—¿De veras? —Murmuró—. ¿Y dónde está?

—Es un *dancing* de Main Street.

—Un *dancing*… ¿De qué clase? Bueno, quiero decir: ¿es caro, barato, de buen tono, vulgar…?

—Es de muy buen tono. ¿Por qué?

—Porque no me gusta ir a bailar a sitios ordinarios… ¿No hay nada más en Nassau que se llame Calígula?

—Seguimos buscando —sonreía Simón—, pero hasta el momento es todo lo que hemos encontrado. ¿Piensa ir a bailar allá?

—Desde luego.

—¿Le sirvo de pareja?

—Jamás he rechazado a un muchacho tan guapo como usted —rió la divina—. ¿Este es su coche?

—Ajá… ¿Vamos directamente a ese *dancing*?

—Sí.

Simón abrió la puerta, cerró cuando la espía hubo ocupado el asiento, y él fue a sentarte ante el volante.

—Me he interesado por ese local —dijo, poniendo el coche en marcha—, y, la verdad, no parece que pueda haber ahí nada relacionado con el espionaje. Es un local que hace bastante tiempo que funciona… Unos tres años. Limpio, agradable, buenas orquestas, precios un poco altos… Por las tardes, en ocasiones, se convierte en *discothéque*; ya sabe, que se baile con música de discos. Pero por la noche, siempre se… convierte en un club elegante, con orquestas de calidad. No quisiera desanimarla, pero temo que no es eso lo que estamos buscando.

—De todos modos, echaremos un vistazo. ¿Tenemos nombres vigilando ese lugar?

—Sí, desde luego. Nos avisarán por la radio si viesen algo… especial. Mientras tanto, naturalmente —añadió a toda prisa—, tienen órdenes de no hacer nada: sólo informar.

—Así me gusta. Y hablando de gustos: ¿le gustan a usted las rubias? Con ojos verdes, desde luego.

Simón la miró sorprendido, pero en seguida volvió a sonreír, comprendiendo.

—Me encantan las rubias de ojos verdes… ¿Qué digo…? ¡Me vuelven loco!

—Pues está usted de suerte —rió Baby—. ¡Va a bailar con una rubia de ojos verdes!

Abrió el maletín, sacó la peluca rubia, y se la colocó rápidamente, con la habilidad de la mucha práctica. Luego, se colocó las pequeñas lentillas de contacto de color verde, y, finalmente, se maquilló de modo un tanto exagerado. Es decir, del modo en que la señorita Brigitte Montfort jamás lo haría.

—¿Qué tal? —pidió la opinión de Simón.

Éste la miró, y movió la cabeza.

—Impresionante —murmuró—, pero, Ja verdad: me gustan más sus ojos azules.

—A mí también.

Capítulo VIII

Cuando entraron en el Calígula, tomados del brazo, la orquesta estaba en plena actuación. Se llamaba *Los Caimanes*, y, en efecto, era de buena calidad. Se distinguían apenas en el fondo del local, todos ellos con camisas de color verde. Delante de la orquesta, colocada en el pequeño escenario elevado, el cantante murmuraba frases de amor, con grititos incluidos. Grititos que debían ser maravillosos, pues algunas de las jóvenes muchachas que bailaban en la pista los imitaban, y alzaban jubilosamente los brazos…

—Me parece —miró Baby irónicamente a Simón— que hemos rebasado la edad de bailar esto, Simón.

—¡Pero si es usted una niña…!

—Quizá. Pero algo mayorcita comparada con las que veo a mi alrededor. Yo diría que este ambiente es demasiado juvenil para nosotros.

—Más tarde vienen parejas de más edad… ¡Caramba, me está haciendo sentirme un viejo prehistórico! Y por otra parte, si realmente no se siente a gusto aquí, podemos marcharnos. No creo que haya nada que nos interese, francamente.

—Ya lo veremos. Supongo que este lugar tiene un propietario, que habrá algún despacho privado por ahí dentro… Procuraremos olfatear detrás de toda esta fachada alegre.

—Y a propósito —parpadeó Simón—; ¿qué es exactamente lo que estamos buscando?

—Estamos buscando a unas personas que pretenden conseguir que Estados Unidos declare la guerra a Rusia.

Simón se quedó como si de verdad fuese, de pronto, de la más pura y sólida piedra, abierta la boca, hieráticos los ojos… En aquel momento, un empleado del local aparecía ante ellos, sonriendo.

—¿Desean una mesa?

—Sí, gracias —le sonrió Baby, al negro.

Éste les condujo, bordeando la pista, hacia una mesa muy románticamente situada, a un lado del pequeño escenario. Baby se había agarrado al brazo de Simón, para tirar de él. Cuando se sentaron, el agente de la CIA todavía no había reaccionado.

—Champaña —pidió la divina—. Muy frío, y, si es posible, con guindas. ¿Te parece bien, querido?

Simón asintió con la cabeza, y el negro se retiró, sonriendo siempre…

—Supongo que… que me ha gastado una broma —pudo tartamudear Simón, por fin.

—No. Pero esperemos que todo termine en broma. ¿Quiere que bailemos?

—Pu… pu… pues la… verdad es que no me… me apetece mucho…

—A mí tampoco. Y le diré que para mi gusto, esa orquesta hace demasiado «ruido». Así que le voy a exponer lo que vamos a hacer, Simón; usted se quedará aquí, después de que tomemos una copa de champaña, y yo iré a… al tocador de señoras, oficialmente. Si en cualquier momento oye usted el zumbido de su radio de bolsillo, ni siquiera se moleste en contestar: reúna a todos nuestros compañeros y arrasen este local. ¿Comprendido?

—Si…, sí.

—Muy bien.

Se quedaron silenciosos los dos, mirando Baby a todas partes, acostumbrándose a la penumbra azul del local. Al parecer, habían intentado conseguir una decoración parecida a un jardín romano, incluso con plantas y un estanque a un lado, con un surtidor; pero el intento le pareció a la espía de lo más grotesco. Bueno, quizá fuese ella y no lo demás quienes tuviesen mal gusto…

El champaña fue servido por el camarero. No había guindas, pero, al menos, estaba agradablemente frío.

—Por las rubias de ojos verdes —alzó su copa Baby, sonriendo.

—Por usted en especial —brindó Simón.

Se llevaron la copa a los labios… y Baby se quedó así. Le había tocado el turno a ella de quedar petrificada. Y atónita. De modo ciertamente casual, había mirado a los componentes de la orquesta, uno por uno, con indulgente indiferencia.

Y uno de ellos, el que tocaba los tambores, era Libertad.

Parpadeó, tragó el sorbo de champaña, y dejó la copa cuidadosamente. Abrió el maletín, sacó la pistolita de cachas de madreperla, y la deslizó en su escote, observada con cierto sobresalto por Simón.

—¿Qué…? —empezó éste.

—¿Ve usted al… *caimán* que toca los tambores?

—Sí —miró hacia allá el espía—. Sí, claro.

—Es el sujeto que he venido a buscar a Nassau. ¿A qué hora termina la orquesta su trabajo?

—No sé… Bueno, creo que a las ocho descansan unos minutos —miró su reloj—. Faltan diez minutos… Nueve.

—Esperaremos nueve minutos, entonces.

—Pero… ¿está segura…? Qué tontería ¡Claro que lo está! Demonios, un músico… ¡No lo entiendo! ¿Ese tipo pretende…? Maldita sea su estampa, le voy a hacer papilla como si fuese…

—Cálmese. Y no mire hacia él. ¿Me sirve otra copa, por favor?

—Escuche, sería mejor que yo saliese para reunir…

—No. Déjeme hacer las cosas a mi manera. Tomaremos otra copa, y yo iré hacia la, parte trasera del escenario. Usted vendrá conmigo, como guiándome… ¿Conoce el local?

—No… No. Pero no puede ser difícil llegar a la parte de atrás del escenario, supongo.

Baby asintió. Tomaron otra copa de champaña. Luego, se pusieron en pie, y se dirigieron, sonriendo, tomados del brazo, hacia el mostrador. Al final de éste había una puerta cerrada, pero no con llave: Simón la abrió, dejó pasar a Baby, y la siguió. Había un pasillo hacia la derecha, y otro hacia la izquierda, formando ángulo. Desde el de la derecha, vieron ya las cortinas del escenario, y puertas a ambos lados. En el que hacía ángulo, también había puertas, y en una de ellas vieron la palabra *Private*.

—No pierda de vista al de los tambores —susurró Baby.

—¿Adónde va usted…?

—Echaré un vistazo al despacho, mientras la orquesta termina su actuación. No le pierda de vista, y si él se diese cuenta de algo e intentase escapar, dispárele, Pero no a matar, si es posible.

—Bien.

Baby caminó por el pasillo de la izquierda, llegó ante la puerta del *Private*, que lógicamente debía ser el despacho del Calígula, y

aplicó una orejita a la madera. Se oían voces dentro, pero confusas, porque la música llegaba hasta allí, estridente.

Sin vacilar, la espía asió el pomo, lo hizo girar, y empujó la puerta. No podía dudarse que sus nervios eran de acero: allí dentro, en el despacho, había tres hombres. Uno de ellos sentado tras la mesa del despacho, y los otros dos, delante de la mesa, en sendos sillones, fumando buenos cigarros de agradable aroma. Al que estaba detrás de la mesa, no le conocía. Los otros dos eran Ojos y Sabio.

Los tres la miraron, sorprendidos, curiosos.

—¿Qué desea? —preguntó el desconocido.

—No está permitido entrar aquí —dijo Ojos.

Baby Montfort sonrió dulcemente, mientras metía dos deditos en su escote y decía:

Tampoco está permitido utilizar el Teléfono Rojo para fines particulares, y ustedes pretenden hacerlo, Ojos.

El de la mesa quedó inmóvil, entre desconcertado y asustado. Sabio y Ojos respingaron, pero no se atrevieron a más, pues la pistolita se acercó más a ellos, firmísima en la mano de la espía, extendido el brazo.

—Puedo disparar más de tres veces en un segundo —dijo con voz queda—. Y de cada mil disparos, sólo fallo un par. ¿Quieren arriesgarse?

—¿Quién es usted? —Casi gritó el desconocido.

—Comandante Creviston, del Ejército de los Estados Unidos de América —sonrió fríamente Baby—. Sus compañeros ya han reconocido mí voz. ¿Verdad, Sabio?

—Usted…, usted no puede estar aquí…

—¿Por qué no? Tengo tanto derecho como ustedes viajar. Y, ya que estamos puntualizando, es Ojos quien no debería estar en las Bahamas ahora, sino cerca de Washington, controlando a su… muñeco de turno. No lo entiendo… ¿Por qué no se quedó allí, Ojos? ¿Acaso han abandonado el plan?

—Usted no pertenece al Ejército —susurró Ojos, mirándola fijamente, intensamente.

—Está perdiendo el tiempo si pretende hipnotizarme *a mí* —sonrió la rubia—. Si en aquella casa rehuía su mirada era para que creyese que tenía miedo de su… poder hipnótico. Puede que posea

bastante de ese poder. Ojos, pero conmigo han fracasado sujetos mucho más poderosos en ese sentido. Y le diré por qué: Soy… una máquina demasiado bien entrenada por la CIA. Quizá haya oído hablar de mí: agente Baby, para serv…

El desconocido que estaba tras la mesa lanzó un agudo grito al oír aquel nombre, y se movió a toda velocidad, frenéticamente, sacando una pistola de un cajón de la mesa.

Plop, chascó la pistolita de cachas de madreperla.

El hombre quedó un instante inmóvil. El tiempo suficiente para que se viese en el centro de su frente el diminuto orificio negruzco. Luego, cayó de bruces sobre la mesa, como si se hubiese dormido.

Para entonces, Baby estaba apuntando de nuevo a Ojos y Sabio, que habían palidecido intensamente. La divina espía permanecía imperturbable.

—Al parecer —susurró—, ésta no ha sido una de las dos veces que fallo entre mil disparos. ¿Quién era este desdichado?

Ninguno de los dos contestó. Por el contrario, apretaron los labios…, lo cual hizo sonreír a la más implacable espía del mundo.

—Me parece que su amigo había oído contar cosas de mí, pero ustedes no. O quizá no creen que yo sea Baby. ¿Es eso? Pues voy a tener la amabilidad de demostrárselo, para…

Se dio cuenta, de pronto, de que ya no se oía música, y se apartó de delante de la puerta, yendo a colocarse detrás de los sillones de Sabio y Ojos, que parecían estatuas. Un rumor apagado de voces llegaba hasta el despacho…, y de pronto, la puerta se abrió, y apareció Libertad, con su uniforme de músico, reluciente su verde camisa.

—Cuando termine… —empezó a decir.

En un instante, se dio cuenta de la situación. Fue velocísimo: vio a sus amigos, a Baby detrás, al otro hombre caído de bruces sobre la mesa…, y dio media vuelta y salió disparado del despacho.

Nadie se movió dentro de éste. Simplemente, Baby sonrió un poco, como de mala gana, Pero su sonrisa fue más espontánea cuando, casi en el acto, Libertad volvió a entrar en el despacho, ahora de espaldas, manoteando y cayendo al suelo, impulsado por el formidable puñetazo de Simón, que apareció en el umbral.

—¿Lo he hecho bien, Baby? —inquirió el espía.

—Muy bien, Simón, sin duda alguna. Entre y cierre la puerta.

Vamos a conferenciar.

El agente de la CIA obedeció, y se quedó apoyado de espaldas en la puerta, con su pistola en la diestra, mirando de uno a otro hombre vivamente, alerta. Sentado en el suelo, Libertad volvió la cabeza para mirar a Baby, que le saludó tocándose la sien derecha con la punta de su pistolita.

—Comandante Creviston en acto de servicio, Libertad… —dijo —. ¿Me recuerda?

Libertad debía recordarla, sin la menor duda, porque la contempló atónito. Luego, palideció.

—No es posible…

—Me parece que usted es de los que creen que eso de que los norteamericanos hemos llegado a la luna es mentira, que todo es propaganda, una fanfarronada… ¿Verdad, Libertad? Pero, hombre, si estoy aquí es porque es posible, naturalmente… Y ahora, vamos a dejarnos de tonterías más o menos simpáticas, y vayamos al asunto… Y empezaré preguntando: ¿cuál es el asunto exactamente?

Libertad hizo lo peor: apretó los labios, como habían hecho sus amigos. Su postura estaba tan clara que Baby comprendió que las argumentaciones verbales no iban a ser de gran utilidad. Así que se acercó a él, se quedó mirándolo, y, de pronto, le lanzó un puntapié que le acertó en plena boca, tirándolo de espaldas violentamente, con tres dientes rotos y los labios hechos papilla.

—Yo también sé pegar —aseguró la espía—. Y mucho mejor que ustedes. ¿Cuál es el asunto?

Libertad no contestó. Se llevó una mano a la boca, la retiró llena de sangre, y miró a Baby, que de nuevo comprendió. Su boquita sonrosada se plegó en un gesto que llenó de pavor a Sabio y Ojos.

—Soy capaz de cualquier cosa con tal de evitar esos planes en lo que se incluye esa necia declaración de guerra a Rusia, Libertad —deslizó fríamente—. No me obligue a emplearme a fondo; sería terrible para usted.

Tampoco Libertad contestó ahora. Baby se le acercó de nuevo, pareció que fuese a golpearle otra vez con el pie derecho, y cuando Libertad hizo el gesto para asirle ese pie, fue el izquierdo el que utilizó la espía, clavándolo espantosamente en el hígado del adversario. Libertad abrió la boca, sus facciones se desencajaron y palidecieron, y cayó desvanecido.

—¡Caray! —jadeó Simón.

Baby se volvió hacia los aterrados Ojos y Sabio.

—¿Les gustan las películas de indios? —preguntó.

—¿Qué… qué quiere decir…? —tartamudeó Sabio.

—Las películas esas en que salen indios que les arrancan las cabelleras a los rostros pálidos… ¿Les gustan? Yo tengo algunos amigos indios, y me enseñaron a cortar cabelleras. Se puede hacer en vivo, también, naturalmente. Y su cabellera me está gustando, Ojos.

El supuesto hipnotizador palideció aún más.

—No…, no se atreverá a hacer eso.

—¿No? Vaya, hombre… Usted, realmente, no se está dando cuenta de su situación, Ojos. Así que voy a convencerle. Pero, como va a ser un espectáculo muy desagradable, se lo vamos a evitar al buen Sabio. ¿Verdad que no le gustaría ver eso, Sabio?

—N-n-no… No…

—Lo suponía. No se preocupe, no lo verá, porque voy a sacarle los ojos.

Colocó su maletín sobre la mesa, sacó el cepillo para el cabello, apretó el mango, y apareció el agudo estilete, relampagueando a la luz eléctrica del despacho. Sabio estaba ya como muerto cuando Baby se colocó ante él, moviendo el estilete.

—Acero especial… —informó—. Es capaz de penetrar casi en otro acero de menor calidad, tal es su agudeza. Y su filo es algo excepcional. ¿Cuál es su ojo preferido, Sabio?

Todavía durante un par de segundos, Sabio estuvo mirando a aquella mujer, convencido de que ella no sería capaz de hacer tal cosa. Pero, observando atentamente la expresión de aquellas pupilas, Sabio llegó a una conclusión que le produjo escalofríos, y su mandíbula inferior comenzó a temblar con violencia. Con tanta violencia, que sus palabras fueron ininteligibles.

—Serénese y hable de modo que le entendamos —dijo Baby—. El nerviosismo no conduce nunca a nada bueno. Tómese su tiempo, Sabio.

—Queríamos… queríamos provocar un… un enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos utilizando a Cuba, para que ésta no… no restablezca sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos…

—¿Ustedes no quieren que Estados Unidos y Cuba reanuden sus

relaciones diplomáticas? ¿Por qué? ¿Acaso, realmente, están luchando por la causa de los cubanos en el exilio?

—No… Nosotros sólo hemos utilizado a Norberto Aguirre para que él convenciese a sus viejos amigos de que le apoyasen en un nuevo plan de invasión… Norberto Aguirre aceptó en seguida, porque comprendió que si Cuba y Estados Unidos reanudan sus relaciones diplomáticas, los exiliados cubanos habrán perdido para siempre toda esperanza. Se entrevistó con algunos de sus amigos en Nueva Orleans, y los convenció de que, para evitar esa reanudación de relaciones diplomáticas había que hacer algo. Nosotros… nosotros le propusimos a Aguirre un plan, que consistía en atacar a Cuba por varios puntos, simultáneamente, con proyectiles que en su mayor parte son atómicos, y que…

—¿De dónde han sacado ustedes esos proyectiles?

—De Cuba. Nosotros vivimos allí, somos… importantes en determinado sector cubano al que tampoco le interesa que Cuba y Estados Unidos dialoguen con vistas a un próximo entendimiento.

—Es decir, que en este asunto, hay dos bandos. Por un lado, Norberto Aguirre y sus amigos. Por el otro, ustedes, que tampoco quieren que Cuba y Estados Unidos normalicen sus relaciones… ¿Por qué?

—Porque una de las condiciones que Estados Unidos quiere imponer es que Cuba deje de exportar guerrillas al continente… Y nosotros somos los que organizamos esas guerrillas, y… y obtenemos beneficios de ellas… Nosotros somos adictos a Fidel Castro y a su régimen, pero no nos interesaba que las guerrillas revolucionarias dejasen de funcionar en todo el continente, así que decidimos impedir que Cuba y Estados Unidos llegasen a un acuerdo. El mejor modo de conseguirlo era provocando un enfrentamiento armado…

—¿Entre Cuba y Estados Unidos? ¿O entre Estados Unidos y Rusia?

—Bueno… Teníamos intención de que los amigos de Norberto Aguirre atacasen a Cuba con los proyectiles que nosotros mismos les hemos facilitado. Al mismo tiempo, es decir, a la misma hora, desde la Sala de Guerra del Pentágono partiría la declaración de guerra de USA a Rusia… Rusia se enteraría en seguida de que Cuba estaba siendo atacada con proyectiles atómicos, y… replicaría ordenando

que fuesen disparados los que todavía quedan en la isla, bien escondidos. Esa sería la primera parte de su respuesta a una guerra que…

—¿Contra qué dispararían los rusos esos proyectiles que usted asegura que tienen en Cuba?

—Contra Miami, en primer lugar.

—Por el amor de Dios… —Palideció cada vez más Baby—. ¿Se dan cuenta de lo que estaban organizando?

—Bueno… En realidad, sólo sería una… escaramuza, ya que pronto se darían ambos las explicaciones convenientes…

—¿Escaramuza? ¿Llama usted escaramuza al disparo de varios proyectiles atómicos sobre Cuba y otros sobre Miami? —La voz de Baby era ahora aguda, rozando el histerismo—. ¿Y verdaderamente cree que una guerra atómica puede ser detenida tan fácilmente?

—Sí… Luego se habrían calmado todos, se habrían dado explicaciones…, pero la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos pasaría al olvido, de nuevo durante muchos años…, lo cual era lo que nosotros queríamos.

—Según eso, entiendo que para seguir viviendo a costa de guerrillas y revoluciones en el continente americano, ustedes, su grupo, están traicionando a Fidel Castro, a los exiliados cubanos, y al mismo tiempo no les importa enfrentar a Estados Unidos y Rusia… ¿Me he explicado bien?

—Sí… Sí.

Brigitte Montfort, alias Baby, se pasó una mano por el rostro, que estaba helado, rígido. Por el amor de Dios…, ¿qué podía hacer con gente como aquella? Pero esto no era lo importante, en aquel momento. Respecto a la declaración de guerra de Estados Unidos a Rusia, había que descartarla ya: ese peligro había pasado, puesto que Ojos estaba muy lejos del Pentágono, y no podría controlar a nadie desde aquella distancia… Oh, no valía la pena siquiera pensar en esa parte del asunto. Había otra mucho más importante…

Apartó la mano de su rostro, y miró de nuevo a Sabio.

—Esos proyectiles… ¿Dónde están ahora?

—Están en tres pesqueros que procedentes de Miami se van acercando a Cuba.

—¿Se van acercando a Cuba? ¿Para qué? —La verdad él pareció un rayo descargando sobre su cabeza—. ¿Acaso el ataque tiene que

producirse hoy, esta misma noche? —Casi gritó.

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Cuándo, a qué hora?

—A las once en punto, hora de Washington.

—¡Son las ocho y cinco! —gritó Simón, que parecía a punto de desmayarse.

Posiblemente por primera vez en su vida, la agente Baby no sabía qué hacer: si empezar a disparar su pistola contra aquella gente, gritar, salir corriendo de aquel despacho… Una de las gotas de sudor que habían aparecido en su frente se le deslizó hasta el ojo derecho, y lo cerró. Estaba aturdida, desmoralizada… Cierto: la declaración de guerra no llegaría a Rusia, pero… los proyectiles podían llegar a Cuba. Y quienes iban a disparar aquellos proyectiles eran cubanos exiliados, que querían volver a su patria, liberarla del comunismo… Y habían sido engañados de un modo atroz. Para ellos, aquello era una invasión de su propia isla, una… guerra civil con intenciones de liberar a Cuba. Ignoraban completamente que si disparaban aquellos proyectiles sería lo mismo que apretar un botón que pusiese en marcha el mecanismo de una guerra atómica mundial…, que no podría ser detenida con facilidad, ni mucho menos.

—Dios mío, Dios mío…

—¡Baby, son las Ocho y seis minutos! —aulló Simón, acercándose a ella, y tomándola de un brazo—. ¡Las ocho y se…!

La puerta se abrió en aquel momento preciso. Y la espía se quedó mirando, completamente estupefacta, al personaje que entró descuidadamente en el despacho…, pero que en seguida vio que las cosas no marchaban bien. Lanzó una exclamación, llevó la mano izquierda al sobaco derecho, sacó la pistola…

Plop, disparó Simón.

La bala dio a Jaime justo en el corazón, y, todavía llevado de su impulso, el cubano cayó cuan largo era, de bruces, muerto instantáneamente.

Baby le contemplaba atónita, y sólo reaccionó cuando, dando un chillido, Ojos se abalanzó hacia la pistola de Jaime, que había resbalado hasta muy cerca de sus pies. Estaba ya tocándola cuando Baby disparó, y la pequeña bala se hundió en la nuca de Ojos, con blando sonido, derribándolo sobre el arma. Inmediatamente, como

una autómata, la espía internacional se volvió hacia Sabio, que alzó las manos al ver la expresión en el desencajado rostro de Baby.

—No, no… —Alzó las manos—. ¡No, no, no…!

Plop.

Sabio dejó de gritar, de moverse. Quedó sentado en el sillón, con la cabeza caída sobre el pecho. Brigitte se volvió hacia Libertad, que continuaba desvanecido, y le apuntó a la cabeza. Pero su mano comenzó a temblar, tan violentamente, que Simón decidió sujetarla, y luego abrazó a Baby por los hombros, apretándola contra su pecho.

—Yo lo haré —susurró.

Apuntó fríamente con su pistola a la cabeza de Libertad, y disparó. Sin el menor remordimiento, sin la menor piedad, sin que su pulso temblase en absoluto. Nadie en aquel despacho merecía la menor piedad.

—Salgamos de aquí, Baby… —La apartó y la miró afectuosamente—. Los minutos vuelan.

Brigitte Montfort asintió con la cabeza. Simón no lo sabía, pero estaba contemplando la otra versión de la agente Baby, la versión verdadera: una mujer, simplemente. Una mujer entrenada física y mentalmente para afrontar cualquier peligro, pero que quedaba inerme, indefensa, destrozada moralmente cuando su gran capacidad de amar recibía golpes tan duros como aquél. Una muchacha de corazón tan tierno que quedaba machacado cada vez que ocurría algo como aquello. Y Simón supo esto, de pronto. Contra lo que todos creían, empezando por los propios Simones de todo el mundo, la agente Baby no era de acero, sino de cristal… Del más puro cristal, que se rompía cuando era golpeado.

El agente de la CIA se guardó la pistola, y tomó entre sus manos el lívido rostro.

—Baby… —Casi sollozó—. Baby, tenemos que hacer algo inmediatamente…

—Sí… Sí, Simón…

—Salgamos.

Brigitte Montfort no se enteró de nada. Vio luces, gente, el surtidor de la fuente de patio romano; oyó voces, risas, tintinear de vasos… Se encontró sentada en el coche de Simón sin tener ni idea de cómo había llegado allí.

—¿Qué hacemos? —Oyó la crispada voz de Simón—. Lo estoy intentando, sé que debo hacer algo, pero no consigo pensar… ¿Qué hacemos, Baby?

La divina espía cerró los ojos.

—¿Podemos disponer de un helicóptero? —susurró.

—En quince minutos. ¿Vamos allá?

—Sí.

Simón arrancó. Lo que Baby había comprendido en el acto lo iba comprendiendo él lentamente: un enfrentamiento atómico entre Rusia y Estados Unidos, un enfrentamiento atómico entre Rusia y Estados Unidos, un enfrentamiento atómico entre Rusia y Estados Unidos… Se dio cuenta de que el volante resbalaba en sus manos, que estaba sudando copiosamente todo su cuerpo. Volvió la cabeza, para contemplar con ojos desorbitados a Baby, que continuaba con los ojos cerrados.

Cuando llegaron a donde estaba el helicóptero, Brigitte Montfort ya había abierto los ojos.

—Yo pilotaré… —Susurró—. Usted va a dedicarse a la radio. Supongo que alcanzará hasta Miami.

—Claro… Es nuestro enlace con Washington, con Ja Central.

—Magnífico.

Un minuto después, el helicóptero se elevaba, y tomaba dirección oeste. Simón miraba a Baby, esperando instrucciones, preparado para utilizar la radio. Pero las instrucciones no llegaron hasta que estuvieron volando sobre el mar, y Brigitte vio la luna reflejándose en él.

—Llame a Miami… —dijo sosegadamente—. Que ellos llamen a la Base Aérea más cercana de la USAF, y avisen para que despeguen aviones de gran velocidad, capaces, al mismo tiempo, de hundir fulminantemente esos tres pesqueros…

—¿Vamos a matar a todos esos pobres cubanos?

—Sólo si insisten en lanzar esos proyectiles. Que se comuniquen con ellos por radio, y que les conminen a detenerse y a entregarse en el acto, abandonando los pesqueros en los botes salvavidas, y si no los tienen que se tiren al mar, y serán recogidos… Si hacen eso, sólo quedará por parte nuestra apoderarnos de los pesqueros cargados con esos proyectiles. Si se niegan a obedecer, que los hundan *inmediatamente*. Y digo *inmediatamente*.

—Entiendo. Siempre sería menos terrible que ese enfrentamiento atómico, ¿verdad?

—Sí —Baby parpadeó, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Siempre será… menos terrible.

Capítulo IX

A las nueve y media de la mañana, un avión especial depositó a la agente Baby en el aeropuerto John Foster Dulles, de Washington, donde fue recibida por míster Cavanagh, que acudió a su encuentro cojeando, pero erguido, firme, al frío aire matinal su larga cabellera que le daba aspecto de viejo león.

Y el viejo león contempló atentamente aquel rostro demacrado, pálido, cansado, antes de musitar:

—Como siempre, un buen trabajo, agente Baby. Sea bien venida.

—Gracias, señor.

—Vamos al coche. La llevaré a la Central, y desde allí la llevarán en un helicóptero a la terraza del Crystal Building: se merece un largo descanso…, después de salvar al mundo de una catástrofe. Me pregunto qué habría pasado si usted no tuviese esa… lucidez mental.

—También los cubanos de los pesqueros tuvieron lucidez mental… —murmuró Brigitte—. En cuanto vieron a nuestros cazas sobrevolarlos, y recibieron la comunicación por radio, comprendieron que era absurdo seguir con aquella locura…

—Por lo que he entendido, no hubo ni un solo muerto. Ni siquiera un herido.

—Por fortuna, así fue, señor. Esos hombres están ahora en Miami, y los proyectiles en poder de la USAF. Todo ha terminado, en cuanto al riesgo atómico. Pero…

No dijo nada más. Llegaron al coche, Cavanagh le abrió la puerta, y ella se acomodó, suspirando. Sólo cuando Cavanagh hubo puesto en marcha el coche, miró a Brigitte, brevemente.

—¿Pero…? —insinuó.

—Voy a comprobar cuál es mi… influencia en la CIA, señor —musitó la divina espía—: voy a pedir a nuestra dirección que presione para que esos cubanos sean puestos en libertad

inmediatamente, y que, sin consecuencias de ninguna clase para ellos, regresen a sus casas, y sigan siendo buenos vecinos en Estados Unidos. Ellos no disponen de su patria, y nosotros sí. Seamos comprensivos.

—Pide usted mucho, ¿no le parece?

—Quizá. Pero tengo un mensaje para el señor presidente… Que le pregunten de mi parte si él no habría intentado lo mismo por Estados Unidos.

Míster Cavanagh sonrió, y movió la cabeza.

—Le enviaremos el mensaje. Aunque… podría llevárselo usted personalmente: siempre es bien recibida en la Casa Blanca.

—Pero estoy cansada… Muy cansada. Y mi presencia no mejorará la idea de indulgencia. No. Que lo piensen solos, y tomen la decisión que consideren más…

—¿Correcta?

—Más humana —rectificó Brigitte—. Bueno… Supongo que por aquí todo ha ido bien, señor.

—Mmm… Hasta cierto punto. Por fin, sucedió algo en la Sala de Guerra.

Brigitte se irguió vivamente en el asiento.

—¿Qué sucedió? —gritó.

—Tranquilícese. Nada importante, en realidad… Fue el capitán Joseph Bastida. Es del turno anterior al…

—Conozco al capitán Bastida —Brigitte sonrió—. Es del turno anterior al mío… Muy simpático, y… ¿Qué le ha ocurrido?

—Lo están examinando, en la clínica. Parece que se volvió un poco loco. Los médicos opinan que es el primero que ha tenido alguna reacción debido a ese extraño asunto del pinchazo, y están haciendo lo posible por identificar esa droga sobre la cual me habló usted ayer.

—¿Y no obtienen resultados?

—Ninguno.

—Pero el capitán Bastida tiene el pinchazo en la nuca, ¿no es así?

—Sí, sí. Dice que se quedó dormido en su coche, cuando iba a salir del garaje. Que no lo comprende…

—¿Cómo que no lo comprende? —exclamó Brigitte.

—No olvide usted que nadie fue informado de lo que estaba

sucediendo, Brigitte. Sencillamente, los militares eran retirados y sustituidos. Nosotros efectuamos una custodia total, sobre todo después de que lo que le pasó a usted, sobre todos los componentes del grupo de noche. Pero, mientras tanto, ya habían… manipulado con Bastida, que pertenece al grupo anterior. Como sólo atentaban con los del grupo de noche, a los demás no los custodiábamos. Fue un error, desde luego, pero por fortuna, no ha habido nada que lamentar.

—¿Qué pasó, exactamente, con Bastida?

—Pues… Bueno, se quedó dormido. Cuando despertó, se asustó, miró su reloj y vio que solamente habían pasado tres o cuatro minutos. Se encontraba bien, así que se fue a su trabajo, sin querer darle importancia al asunto. Está desconcertado, especialmente ahora, que lo están examinando como…

—¿Qué hizo Bastida?

—Pues… se abalanzó en determinado momento contra los circuitos de la Sala de Guerra. Se volvió loco, y comenzó a destrozarlo todo, gritando… Tuvieron que sujetarlo entre cuatro o cinco de sus compañeros, hasta que uno de ellos, el capitán Robinson, le dio un golpe y lo dejó sin sentido. El general Kimberley avisó al Alto Mando, e inmediatamente, Bastida fue llevado a la clínica donde están los demás.

—¿Y qué pasó concretamente con todo el material de la Sala de Guerra?

—Nada importante. Hubo una interrupción de comunicación con Moscú durante unos minutos, hasta que los circuitos fueron reparados, rápidamente, por supuesto. Los rusos se interesaron mucho por el motivo de la suspensión de contacto, pero se les dio una explicación técnica, y asunto solucionado.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—¿A qué hora…? No sé. Alrededor de las once, creo. —Las once de esta noche pasada, naturalmente.

—Sí, claro… Naturalmente. Bien, en cuanto lleguemos a la Central…

—No… —susurró Brigitte—. No vamos a la Central, Vamos a la clínica. Quiero ver al capitán Bastida.

—Pero si está tan cansada…

—Pasemos antes por algún sitio donde pueda recoger un

uniforme adecuado para la comandante Hortense Creviston… —Ignoró Brigitte las objeciones de Cavanagh—. Y espero que pueda proporcionarme tinte para mis cabellos.

—Por supuesto que podemos conseguir todo eso —asintió Cavanagh—. Pero creo que primero debería usted descansar. Al fin y al cabo, el capitán Bastida no corre peligro alguno.

—Pues habrá que darle la enhorabuena —sonrió Brigitte Montfort, alias Baby.

—¡Comandante Creviston! —Exclamó alegremente el capitán Bastida—. ¡Esta sí que es una visita agradable!

Hortense Creviston se acercó a la cama, con paso marcial, pero sonriendo cariñosamente. Acercó una silla a la cama en que yacía Joseph Bastida, y se sentó. Detrás de ella, de pie, quedó míster Cavanagh, mirando con amable curiosidad al paciente, que lucía un bonito pijama de aspecto muy deportivo, de color azul.

—Espero que esté bien, comandante —sonrió aún más ampliamente la comandante Creviston, dejando su gorra en la cama —. Me han dicho que es usted un extraño paciente.

—Sí… —Parpadeó Bastida—. Sí. Y me he enterado de que no soy el único. Pero me encuentro perfectamente, de veras. Caramba, ha sido usted muy amable al venir a verme, comandante.

—Me interesa mucho el estado físico de mi pareja en un reñidísimo partido de tenis —rió Hortense—. Espero que esté pronto en forma.

—Oh, sí… ¡Pero si no tengo nada! Y no comprendo lo que pasó. Me quedé dormido como un tonto —su rostro se ensombreció de pronto—. Lo que menos comprendo es lo que dicen que hice en la Sala.

—Evidentemente, interrumpió usted la comunicación entre Estados Unidos y Rusia durante unos minutos. ¿No sabe por qué lo hizo usted, capitán?

—No… Debí volverme loco. No lo sé… Sólo recuerdo…

—Me parece que yo puedo explicárselo… Supongo un intenso dolor en la cabeza… No sé lo que me pasó que ya sabe usted que tiene un pinchazo en la nuca.

—Sí… Me lo han dicho. Y tampoco comprendo eso.

—La idea era que usted enviase determinada declaración de guerra a Rusia, pero… algo falló. Al parecer, no pudieron controlar

su mente de un modo total, y usted, en lugar de obedecer órdenes concretas, perdió… el juicio durante unos minutos.

—Santo Dios… ¿De qué está usted hablando?

—Pues verá…

Durante unos minutos, la comandante Creviston se dedicó a explicar al capitán Bastida todo lo sucedido, sonriendo ante el asombro que iba apareciendo en las viriles facciones del militar, y, de cuando en cuando, el auténtico espanto.

—… Pero, finalmente, pudimos detener los pesqueros, y no ha pasado nada. Está claro que si durante esa interrupción del contacto entre rusos y americanos que usted provocó, esos proyectiles hubiesen sido disparados, las cosas habrían sucedido de otra manera: Cuba habría avisado inmediatamente a Rusia, Rusia habría pedido explicaciones a Estados Unidos por el Teléfono Rojo, y… ¿qué cree que habrían hecho los rusos, al no recibir respuesta alguna?

—No sé… Dios… ¿Habrían… contraatacado?

—Bueno… Pongámonos en el lugar de los rusos, capitán. Yo creo que habrían atacado, desde luego.

—Es horrible… Pero entonces… ¿yo estaba bajo una influencia hipnótica? Ese hombre llamado Ojos, ¿me tenía hip…?

—Oh, no. Todo eso era una farsa. Yo lo habría comprendido antes si hubiese tenido tiempo y disposición mental para recordar el sorprendente hecho de que un tal Jaime, al que yo misma vi cómo se clavaba una navaja en el corazón, apareció después ante mí en Nassau, vivo y perfectamente sano.

—Pero eso no es posible…

—Claro que no. Fue una farsa, ya le digo… Jaime llevaba bajo la ropa una bolsa con… ¡yo qué sé!, podría ser sangre de conejo, de pollo…, o incluso, jugo de tomate.' Clavó allí parte de la hoja de la navaja, y pareció morir. Luego, a mí me golpearon. Jaime no estaba, así que tenía que pensar que había sido retirado, enterrado en cualquier parte. Y por supuesto, tenía que estar convencida de que todo eso de la droga y el hipnotismo era verdad.

—¿Y no era… verdad?

—Claro que no. Tampoco era verdad que quisieran matarme. Yo debía quedar con vida, escapar…, y así, podría explicar todo eso de la droga, y de que, fuese lo que fuere lo que hiciera en la Sala de

Guerra cualquier oficial, no se le podía culpar, porque todos sabrían ya todo eso de la droga y del hipnotismo. Pero mi fuga estaba prevista para más tarde del momento en que se produjo… De todos modos, cuando llegó la ocasión, el hombre llamado Luis Azpeitia se comportó de un modo que, ahora lo sé, no fue normal: no me persiguió a toda prisa, sino muy despacito… Y se sorprendió mucho cuando le tiré el cuchillo en la cocina. Se sorprendió. ¿Por qué estaba yo allí, si podía escapar, aunque no fuese en el momento que habían elegido ellos? Murió asombrado de que algo tan bien planeado saliese de modo diferente. Cierto, él tenía que matar a Norberto Aguirre antes de partir hacia Nueva York para tomar el avión, y dejar que yo escapase gracias a algún «descuido» suyo. Mi testimonio respecto a esa droga era muy necesario. Una droga que no existía, un hipnotizador que no hipnotizaría ni a un niño…, y que, por otra parte, cuando usted se volvió… «loco», estaba a más de mil quinientas millas de aquí.

—¿Me hipnotizó desde tanta distancia? —sonrió Bastida.

—Vamos, vamos… —sonrió también Brigitte—. Ya le digo que ni Ojos podía hipnotizar a nadie, ni existe esa droga. Pero yo tenía que atestiguar todo eso, para que cuando sucediese lo que realmente tenía que suceder en la Sala de Guerra, nadie pudiese culpar al causante de los daños que siguieran. Capitán Bastida: si no existe tal droga, si Ojos era incapaz de hipnotizar, y además no se quedó en estos lugares, sino que se marchó directamente a Nassau con los otros… ¿cómo puede usted pretender que nosotros creamos que al averiar las instalaciones de la Sala de Guerra lo hizo bajo una influencia hipnótica…, que no existe ni ha existido jamás?

—¿Qué está insinuando? Si eso no existe, ¿por qué a los otros militares los durmieron y les pincharon en la nuca con…?

—Por favor, no me subestime tanto… Lo hicieron porque convenía ir preparando el terreno al verdadero realizador. Primero les ocurría esa cosa extraña de dormirse y ser pinchados a otros oficiales, así que… ¿por qué no podía ocurrirle a usted? Sólo que ni a ellos ni a usted les inyectaron nada, ni intentaron hipnotizarles… ¡Qué tontería! Los dormían, les pinchaban para inyectarles agua, o quizá sólo les pinchaban sin inyectarles nada, y ya tiene usted a los médicos de esta clínica examinando como locos a esos oficiales dormidos y pinchados, buscando una solución que no existe. No

ocurría nada. Sólo se trataba de que cuando *usted* interrumpiese la comunicación USA-Rusia, exactamente a las once de la noche de ayer, hora de Washington, momento en que debían ser disparados los proyectiles contra Cuba, nadie pudiese censurarle nada. ¡Pobre capitán Bastida, también ha sido víctima de esa extraña maniobra del sueño súbito y del pinchazo…! Pobrecito capitán Bastida, que sabía que éste era el único medio de conseguir esa interrupción del servicio del Teléfono Rojo sin que se le pudiese acusar de nada… Y por fin, ya conseguido el objetivo de retrasar quién sabe por cuántos años más la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, el capitán Bastida, restablecido, volvería a ocupar su puesto, ya que gracias a mis explicaciones, nadie dudaría de él, como no dudarían de los otros cuatro oficiales que habían pasado por un trance parecido, aunque ellos no habían sido tan fáciles de… captar las… órdenes mentales del hipnotizador. ¡Pobrecito capitán Bastida…!, que volvería a su puesto, y seguiría siendo el más excepcional espía que he conocido: un espía cubano trabajando para Cuba…, hasta que se le advirtió de que si Cuba y Estados Unidos reanudaban sus relaciones diplomática, sus amigos que exportan revoluciones se arruinarían, y él sería mucho menos importante… ¡Pobrecito capitán Bastida, magnífico espía y monstruoso asesino que ha estado a punto de desencadenar la guerra atómica…! ¿Me he equivocado en algo, pobrecito capitán Bastida?

—Usted no es militar —musitó Bastida, que estaba lívido.

—No.

—¿Quién es?

—Brigitte Montfort, agente N. Y. 7117 de la CIA, conocida bastante por esos mundos con el cariñoso nombre de Baby. Soy, también, su verdugo, capitán Bastida.

—¿Va a matarme? ¿Fríamente?

—Voy a ejecutarle. Pero no fríamente, sino con… admiración por su labor de espía; con mi más profunda admiración. Pero, al mismo tiempo, con horror… Con el horror que siento ante un ser como usted… ¿O prefiere un juicio?

—No.

—Gracias…, en nombre de los leales empleados militantes de la Sala de Guerra. Oficialmente, usted habrá fallecido de una…

complicación orgánica en su extraña enfermedad. Los hechos serán cubiertos por el más impenetrable silencio, las aguas volverán a su cauce, nada realmente importante habrá pasado…, excepto su muerte, que usted tan cuidadosamente quiso evitar. ¿Está preparado?

—Sí.

La comandante Creviston se puso en pie, sacó su pistolita de cachas de madreperla, y apuntó al corazón de Joseph Bastida. En los ojos de éste vio un brillo de orgullo, un destello de fuerza, un relámpago de satisfacción por la labor realizada hasta el momento de su fracaso. Y una ironía hacia aquella mujer, a la que consideraba incapaz de matarlo fríamente.

Brigitte Montfort también sonrió con ironía.

Plop, sonó su pistolita.

Este es el final

La comandante Creviston guardó la pistolita, y se volvió hacia míster Cavanagh, que estaba lívido, petrificado, incapaz de reaccionar.

—Ahora sí —dijo ella—: quisiera regresar a casa, señor.

Cavanagh la miró, a sus ojos regresó la luz de la realidad, de la comprensión total…, del espanto.

—Hemos… tenido durante años a un… espía cubano en… en la Sala de Guerra…

—Eso parece.

El jefe del Grupo de Acción de la CIA sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente.

—Pero esto es increíble…

—¿Por qué? Hay muy buenos espías en el mundo, señor. La CIA no tiene la exclusiva. Salgamos de aquí: tenemos que avisar que el pobrecito capitán Bastida ha fallecido de un… colapso cardíaco.

—Los… los cubanos y los rusos no creerán eso…

—No. Pero oficialmente, sí lo creerán. No pueden decir que durante años, el capitán Bastida ha estado trabajando para ellos y que finalmente los quiso traicionar porque no le interesaba que se restableciesen las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba a fin de que sus amigos de Cuba dedicados a la exportación de guerrillas y armas pudiesen seguir haciéndose millonarios con revoluciones que no ocasionaban más que muertos por un lado, y dinero por otro. Los rusos «creerán» lo que se diga oficialmente sobre la muerte de Bastida, las negociaciones respecto a las nuevas relaciones entre Cuba y Estados Unidos seguirán, los espías seguiremos trabajando, como sí nada hubiese ocurrido Eso es todo, señor…, por esta vez. La pregunta es: ¿quién y por qué querrá en cualquier momento organizar una guerra atómica, o una pequeña guerrilla para cometer asesinatos y pillaje, o…?

—Salgamos… —murmuró Cavanagh—. Me siento enfermo.

—Pues esto, en una clínica, no parece muy consecuente, señor. ¿Quiere venir a casa conmigo, en el helicóptero? Le invito a champaña con guindas.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero no olvide que todavía me debe una cena a base de manjares chinos.

Cavanagh movió la cabeza, y se dirigió hacia la puerta. La abrió, dejó pasar a Brigitte Montfort, es decir, a la comandante Creviston, salió y cerró. No… No podía irse con ella, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Tenía que atender todo aquello… Pero en cuanto tuviese oportunidad…

Se volvió hacia la comandante Creviston, en el momento en que se abría la puerta de otro cuarto, y el sargento Terence Ormandy, imponente, atractivo, recio, con la pipa entre los dientes, aparecía en el pasillo, en pijama. Al ver a la comandante Creviston enrojeció, y se cuadró inmediatamente, retirando la pipa de un manotazo.

La comandante Creviston se echó a reír.

—Vamos, sargento, no sea niño… —exclamó—. No tiene por qué cuadrarse ante mí en estas circunstancias.

—Es que… Bueno, me ha sorprendido… Estoy en pijama.

—Se supone que una persona no permanece en la cama con abrigo y bufanda. ¿Podemos hacer algo por usted?

—No, no, gracias, comandante… Iba a charlar un rato con Bast…, con el capitán Bastida. Estaba en el turno anterior al mío, y es un muchacho muy simpático.

—Sí que lo es… —admitió la comandante Creviston—. Pero será mejor que no le moleste ahora: está descansando muy profundamente.

—¡Ah, bien…! Por supuesto que no le molestaré, no… Perdone, comandante: ¿no nos hemos visto antes?

—Yo le recordaría a usted —aseguró Hortense.

—Sí, claro… Bien, debo estar confundido… Me recuerda usted a otra persona, una… joven. Bueno —se sofocó—, no es que pretenda decir que usted no es joven… Quiero decir que era una chica de ojos azules, que… que… Bien —miró a Cavanagh—, usted me entiende, señor. Me refiero a… Vino con usted hace unos días.

—¡Oh, sí, la señorita Montfort! —farfulló Cavanagh.

—Exactamente. Le parecerá una tontería, pero la comandante me recuerda a la señorita Montfort. ¿A usted no?

—No… —masculló Cavanagh—. No, no.

—A mí, sí, de veras. Pero, claro —sonrió Ormandy—, lo que no puedo imaginarme es a la señorita Montfort como comandante en la Sala de Guerra del Pentágono. Cuando la vea, salúdela de mi parte.

FIN